

CULTURA

REVISTA DEL CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y EL ARTE

NÚMERO 99

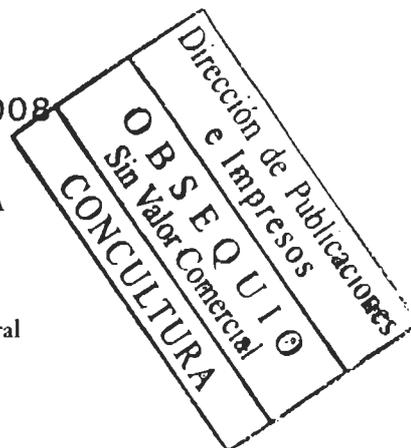
MAYO-AGOSTO 2008

Presidente de CONCULTURA
Federico Hernández Aguilar

Director Nacional
de Promoción y Difusión Cultural
Ricardo Bracamonte

Director revista Cultura
Luis Alvarenga

Consejo editorial
Álvaro Darío Lara



Portada y contraportada: esculturas de Dagoberto Reyes. Correspondencia y canje: 17 Av. Sur n.º 430, San Salvador, El Salvador, Centroamérica. Correo electrónico: revistacultura@concultura.gob.sv. Sitio web: http://www.dpi.gob.sv/Revista_Cultura.htm. Los editores no responden por originales no solicitados. Se autoriza la reproducción de los artículos, siempre y cuando se cite la fuente. ISSN: 0011-2755.



Dagoberto Reyes. Sketch.



SUMARIO

Editorial	La cultura salvadoreña y la emigración	7
Ensayo	El salvadoreño en el espejo <i>Amparo Marroquin</i>	11
Testimonio	Pasos sobre las huellas de mi padre <i>Nicolás F. Shi</i>	27
Crónica	Crónicas de viaje por China y Camboya <i>Aída Párraga</i>	33
Poesía	¿Quién eres? / Izando velas <i>Claribel Alegria</i>	47
	Tres poemas <i>Ricardo Bogrand</i>	50
	Nahual <i>Walter Iraheta Nerio</i>	53
Narrativa	Un día sobrevino la edad de hierro <i>Roger Lindo</i>	57
	El cuerpo que nadie quiso amar <i>Carlos Alberto Santos</i>	67
	Hay muchas maneras de ganarse la vida y esta es una de ellas <i>Jacinta Escudos</i>	73
	Irazume o arte del tatuaje <i>Alfonso Kijadurías</i>	77
	Anotaciones sobre el amor <i>Javier Espinoza</i>	87
Tinta fresca		93
Colaboran en esta edición		99

*Anduvimos errantes
 años años anduvimos errantes
 la ventisca el granito los violentos vendavales
 las grandes bestias devoradoras
 nada pudo detener nuestros pasos
 cruzamos ríos
 montes
 abismos de terror
 cumbres a las que nadie se atreviera antes
 pavorosos desiertos
 nada pudo detener nuestros pasos
 en tierra arena roca dejamos hondas huellas
 junto al mar caminamos
 de noche
 sin detenernos
 caminamos naciendo y caminando
 soñando y caminando
 pariendo y caminando
 caminamos cantando y caminando
 nada pudo detener nuestros pasos
 con nuestra casa a cuestas
 enterrando fechas
 estableciendo muertos*

Un documento importante para dimensionar las transformaciones de la cultura salvadoreña es *Una mirada al nuevo nosotros. El impacto de las migraciones*, informe presentado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en 2005. Preparado por un equipo interdisciplinario, *Una mirada al nuevo nosotros...* hace caer en la cuenta de que la cultura salvadoreña no puede entenderse desde una perspectiva localista. El nacionalismo metodológico es una vía equivocada para entender los dinamismos de una cultura que ha crecido bajo el sol de las emigraciones. Oigamos al poeta Pedro Geoffroy Rivas en su «Cuenta de la peregrinación»:

La cultura salvadoreña y la emigración

caminando
con el sol a los ojos
con el sol en la espalda
sudorosos
hambrientos
caminando
negros de sueño
heridos por la sed
sin luna tropezando
duros de frío
caminando
de grito en grito estableciendo el rumbo
caminando

«Cuenta de la peregrinación» habla de las emigraciones nahuas, pero su significación nos incluye. La cultura salvadoreña se ha hecho a sí misma caminando. De ahí que una óptica esencialista, que pretende buscar una improbable «salvadorenidad» en la «pureza» de las tradiciones y del patrimonio nacionales soslaya la realidad de la emigración.

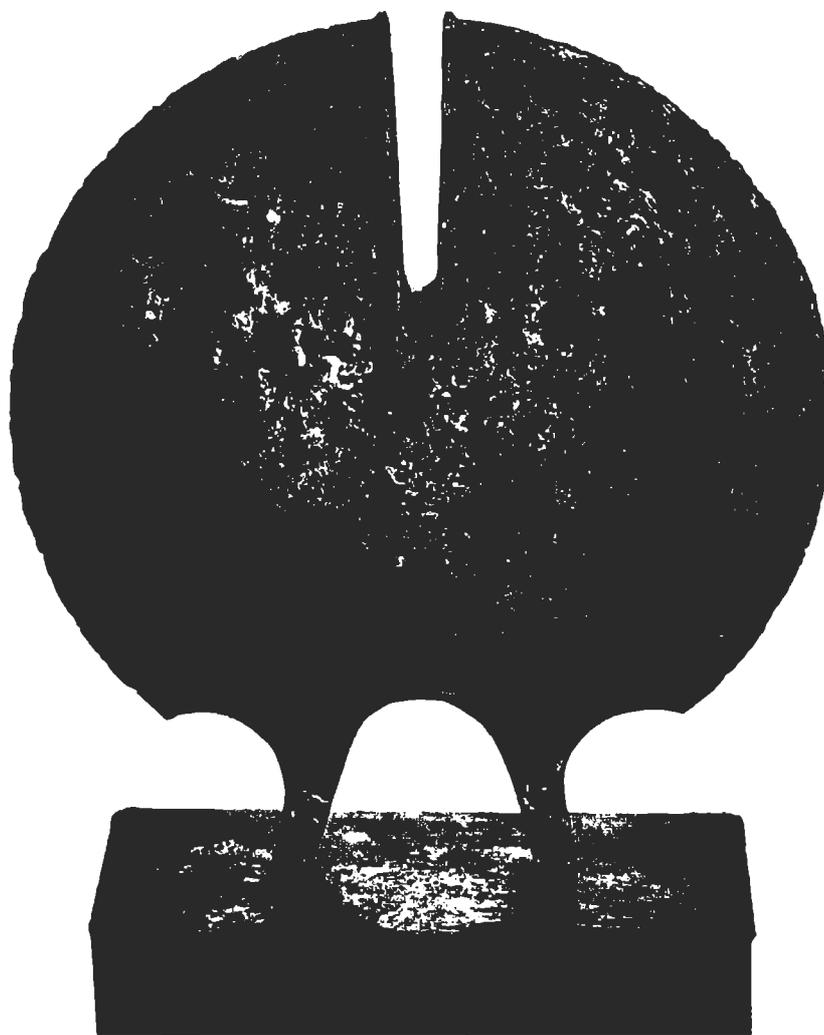
El documento del PNUD habla de un «nuevo nosotros», más incluyente y más ajustado a la realidad. Este «nuevo nosotros» debe partir de que no existe «la» cultura salvadoreña en singular, sino que hay una multiplicidad de formas de hacer y vivir la cultura. Ya no dentro de los 21,000 kilómetros cuadrados, sino en la extensión del «país imaginario» del que habla el informe: el Departamento 15, que no tiene confines visibles, ese Departamento 15 que va por una calle de Guatemala y desemboca en una plaza de Estocolmo, pide la hora en Los Ángeles para ver si logra tomar el metro a la Plaza Odeón y luego se detiene para abreviar en una fuente de Buenos Aires, pues ha sufrido los rigores del sol magrebí...

La llamada «diáspora salvadoreña» ha hecho cultura salvadoreña alrededor del mundo. Esto ha provocado reflexiones interesantes, como la de Amparo Marroquín, que se encuentra en estas páginas, que hacen pensar que estamos inmersos en una realidad muy rica y que apenas estamos comenzando a dimensionar.

Como resultado de una iniciativa de la presidencia de CONCULTURA, decidimos dedicar este número a la creación literaria y plástica de la emigración salvadoreña. Para tal fin, CONCULTURA lanzó una convocatoria a través de la prensa y de las representaciones diplomáticas para invitar a creadores de estos campos a presentar propuestas. La convocatoria fue bien recibida y es una lástima que el límite de las páginas de la revista nos hayan impuesto hacer una selección de los trabajos, dejando muchos esfuerzos loables de lado. Con todo, podemos decir que hay una buena representación de la cultura salvadoreña que se está haciendo desde la emigración, que abarca desde artistas de una trayectoria importante a creadores que —a pesar de que en sus países de residencia tienen un merecido reconocimiento— no se conocen en El Salvador.

Más allá de cualquier tópico sobre la emigración, las obras que aparecen en esta revista expresan los motivos humanos de toda gran obra de arte, para cuya expresión no se desprecian ni los recursos más innovadores ni las expresiones tradicionales. La emigración, el caminar constante y el cambio, la adopción de lo que aprendemos en nuestro peregrinar, son algunas de las huellas más imperecederas de la cultura de El Salvador. No dejamos de soñar, ni de luchar, ni de crear. Como dice Geoffroy Rivas:

*Pero los nietos del jaguar
aún estamos aquí*



Dagoberto Reyes. El sol. (2006).



19-11-1974

✓Dagoberto Reyes. SKetch.

El salvadoreño en el espejo

Relatos de héroes y villanos desde la migración'

Amparo Marroquín

ensayo

Hay una necesidad moderna de mitología.

Roger Bartra

La migración internacional es un fenómeno que ha producido mucho en los últimos cincuenta años de historia salvadoreña. Esto no es una novedad. Por un lado, se han multiplicado los migrantes, estas personas que dejaron sus lugares de origen, su familia, sus costumbres, su lengua, para encontrar un nuevo espacio donde se han reinventado. Por otro, las remesas crecen a niveles nunca imaginados e, incluso en medio de la «desaceleración económica», continúan al alza en casi un dos por ciento.

Pero no es solamente esto, también se han reproducido las organizaciones y asociaciones de-para-desde-por los migrantes. Una salvadoreña residente en Los Ángeles sintetizaba esto con un chiste muy popular en la zona: «¿Qué pasa si metemos a tres salvadoreños en un cuarto durante dos horas y los encerramos?, nacen cuatro organizaciones». Estas asociaciones recogen en sus nombres la diversidad de la población salvadoreña diseminada por el mundo; desde CHULA (la Asociación de Chalatecos Unidos en Los Ángeles), hasta la Asociación «Comunidad Salvadoreña en Milán», donde se encuentra la colonia más grande de salvadoreños en Europa.

Y, finalmente, aunque la enumeración se puede prolongar más de lo que este artículo permite, la migración ha multiplicado mitos y narrativas desde las que los salvadoreños nos nombramos. De pronto, una nación que no había terminado de imaginar quién era se ha parado frente al espejo y ha comenzado a imaginarse. Como el forastero, de Schutz (1999), su historia y sus costumbres han adquirido un sentido nuevo al mirarlas con esos ojos del que no es «ni de aquí ni de allá», como reza un conocido corrido sobre la vida entre dos mundos. Nueva literatura, otras expresiones pictóricas, músicas o ritmos que se nos han vuelto propios, y sobre todo historias². Relatos que se cuentan en las comunidades, que vuelven de mano en mano con el coyote, con los deportados y que día a día son retomadas por los grandes medios de comunicación.

El presente trabajo es un recorrido inicial por las narrativas que la prensa escrita ha construido en los últimos veinte años (a partir de 1985) y la manera como se ha generado toda una poética en torno al tema, llena de héroes que corren en busca de su objeto de deseo, de terribles oponentes que deben ser enfrentados, de vida, de muerte y una tierra prometida que espera.

1. De cómo los compatriotas huían por dos o tres políticas razones que ya se habían explicado y de cómo la economía familiar no era la principal preocupación

Si bien los investigadores sitúan el inicio de las migraciones internacionales a inicios del siglo XX y otros exploran incluso más atrás; la narrativa de los medios destacó que el conflicto armado del país implicó un nuevo tipo de migración. Durante la guerra, la discusión más grande fue definir cuál era el estatus de los salvadoreños que salieron fuera del país. En 1985 la discusión se dividía en dos argumentos correspondientes a dos posturas políticas: ¿los salvadoreños eran refugiados que sufrían la persecución debido a sus ideas y adscripciones políticas, o más bien migraron por razones económicas y debían ser tratados como cualquier ilegal que llegaba a Estados Unidos en busca de un trabajo? Los medios se volvieron un espacio de discusión donde se conformaba una identidad habitada por las nostalgias y construida con las herramientas que se tenían: música grabada, productos típicos:

El éxodo de salvadoreños creó una clase nueva de inmigrantes [...] el trabajador que va dispuesto a abrirse paso en la nueva sociedad para luego regresar a su terruño a disfrutar del fruto de sus afanes. [...] ¿Por qué viaja el salvadoreño a Estados Unidos? Unos viajan por negocios, placer o para someterse a tratamiento médico; pero dada la situación en El Salvador, la mayoría busca refugio para ponerse a salvo del peligro que representa la violencia, que nos ha recetado Rusia por medio de sus sirvientes de Cuba y Nicaragua. [...] El salvadoreño nada tiene en común con el haitiano, que huye más de la pobreza que de la opresión de la dinastía Duvalier. [...] el salvadoreño sufre al ver a su patria desgarrada por la ambición de los comunistas que buscan alcanzar el poder por el terror. Sueña con regresar al terruño, del que jamás se considera aislado, pues se rodea de paisajes, música grabada y productos típicos.

El Diario de Hoy, 16/4/85.

Las posturas fueron diversas: por un lado, el discurso oficial de Estados Unidos: declaraciones de altos funcionarios norteamericanos insistían en no reconocer un estatuto de refugiado a las personas que venían de El Salvador. Por el otro, la opinión pública salvadoreña no ponía en duda la problemática de violencia y persecución por causas políticas en el país. En la mayoría de los casos se tomó distancia del discurso estadounidense, insistiendo en que la población salvadoreña es víctima de la guerra, lo que diverge son las causas de esta victimización, para unos será la guerrilla, para otros el ejército y los grupos paramilitares.

Algunas noticias, incluso, citaban organismos internacionales, como el Movimiento Santuario, que recientemente cobró nuevo protagonismo, que en ese momento trabajaba para que los salvadoreños no fueran deportados pues podían ser perseguidos políticamente en su país. Aún y cuando estas notas presentan a los salvadoreños como «non gratos» su visión de

los mismos suele ser positiva. No hay enjuiciamientos de valor, ni toma de distancia con respecto a estos compatriotas.

El relato sobre el refugiado político es protagonista en 1990 y poco a poco fue desapareciendo. Después de la firma de los acuerdos de paz, algunas historias puntuales cronican de estos refugiados políticos, su nueva vida o su búsqueda de familiares. Se retoma en algunos momentos la discusión sobre los niños desaparecidos y cómo algunos de ellos llegaron a Estados Unidos.

El discurso cambia con el tiempo. Un artículo de opinión de *El Diario de Hoy* de 1995 plantea, incluso, que el salvadoreño no debería ser considerado como alguien que emigra por problemas políticos y menos económicos, el problema es de actitud.

«Desde antes de que comenzara el conflicto bélico, los salvadoreños hemos sido una sociedad lista para partir. Alguien planteó la teoría de que los salvadoreños tenían siempre las maletas hechas [...] el problema de nuestro país no es que seamos un país pobre, pues no existe tal cosa. Lo que sí existe es la mentalidad de pobres y esta indefectiblemente conduce a la pobreza [...] El constante planteamiento de que somos un país pobre, justificando así nuestro retraso cultural, económico y social, no es más que una perniciosa trampa mental que nos empuja cada vez más al subdesarrollo. Un subdesarrollo mental.» *Hermann Bruch.*

El Diario de Hoy, 1/8/95.

Según este texto, el salvadoreño simplemente siempre busca partir; la pobreza en el país no es algo real. A pesar de esta acotación particular, estos relatos reflejan que no hubo una única razón para que los salvadoreños migraran sino que confluyeron razones políticas y económicas que desde entonces hizo de este país un expulsor de sus propios habitantes.

2. De cómo los deportados volvían por aire y tierra, hasta que se pidió que no fueran ya salvadoreños

Posterior a la guerra, una serie de notas convierten la imagen del deportado en hegemónica dentro de las noticias sobre el tema de migración. El tratamiento cambia: aquí no se habla ya de compatriotas; el deportado adquiere una connotación negativa, de amenaza para la seguridad pública. Si el discurso nacional se había apoyado ya en la construcción del otro-indígena, el otro-comunista, en la migración el deportado-pandillero se vuelve «el otro» salvaje que se contrapone a la condición de honestidad y laboriosidad del buen salvadoreño. Si el refugiado político era parte fundamental de la realidad salvadoreña, al deportado criminal debería negársele la entrada al país.

El discurso que se multiplica crea esta sensación de que los deportados son cada día más y que muchos de ellos han sido criminales. En muchas de las noticias, la prensa no hace ninguna diferencia entre el consumo y la posesión de drogas y el tráfico o la venta de las mismas. Los funcionarios del gobierno refuerzan la línea de preocupación. Entra en discusión una primera propuesta de ley de seguridad ciudadana:

«Los antisociales deportados de los Estados Unidos representan una bomba de tiempo que debe ser desactivada con una ley que proteja a la ciudadanía honrada» indicó René Figueroa como diputado del partido de derecha. (*La Prensa Gráfica*, 7/4/95).

Esta imagen de «bomba de tiempo» será retomada por la prensa escrita y repetida en varias notas, para decirlo en palabras de Roque Dalton los deportados son, desde hace doce años «los siempre sospechosos de todo». El Gobierno de El Salvador inicia una queja formal contra el gobierno de Estados Unidos:

Es absolutamente inaceptable que cualquier país del mundo exporte reos condenados (...) atenta contra los derechos personales del resto de salvadoreños que estamos pretendiendo luchar contra la criminalidad».

La Prensa Gráfica, 8/4/95.

Estos relatos se mantienen durante los diez años siguientes. A partir de 2000, las pandillas son relacionadas, además, con los grupos de asalto que se aprovechan de los migrantes que van en su ruta a la «tierra prometida». En esta historia donde los migrantes son héroes que luchan por alcanzar la tierra prometida, el peor de todos los villanos es el pandillero que pide dinero, trafica, asesina, lanza a sus víctimas a los rieles del tren.

Algunas notas relacionan a los pandilleros con actividades terroristas y con los problemas de la seguridad nacional que a partir de septiembre de 2001 se vuelven prioridad en las agendas de los estados. Una nota publicada en 2005, explica que «El Salvador [está], preocupado por las deportaciones, ante la falta de un marco legal para detenciones»; en el texto, el ahora ministro de Gobernación, René Figueroa, pide al gobierno de Estados Unidos «que no deporta a todos los pandilleros detenidos en las últimas semanas». (*La Prensa Gráfica* 3/8/05).

Esta identidad marcada del otro, el deportado marero frente al buen salvadoreño, se ilustra muy bien en la siguiente cobertura:

La sede del consulado de El Salvador en Nueva York fue el escenario: Francisco Laínez, canciller de la República, y Roberto Kriete, presidente de la junta directiva de TACA, firmaron ante una veintena de líderes comunitarios salvadoreños un convenio que pretende desarrollar actividades y patrocinios para favorecer a los connacionales residentes en el exterior. Kriete, en un discurso cargado de referencias emotivas, reconoció a la comunidad de salvadoreños que residen en Estados Unidos como: «La razón de ser de nuestra compañía». Frente a él, los salvadoreños que minutos antes habían cantado a viva voz el Himno Nacional escuchaban las comparaciones que el empresario hacía entre las comunidades del área de Nueva York y su propia compañía: «Ambos somos parte vital de nuestra patria y contribuimos en gran medida a su economía», decía Kriete. Escuchó los relatos de un profesor de Long Island que ayuda a los jóvenes a terminar sus estudios de bachillerato; la de un oficinista que da cursos comunitarios a las policías de Manhattan y Nueva Jersey; o la de una mujer que administra programas dedicados a traer a Estados Unidos a niños salvadoreños que necesitan operaciones que no se pueden realizar en El Salvador. Son, dijo Kriete, historias que: «Nos quitan el chuquillo que nos dejan los mareros. Estoy seguro de que esas personas representan un número ínfimo respecto a todas las personas trabajadoras que viven en esta ciudad».

y en este país». El canciller Laínez, quien tomó la palabra después de Kriete, continuó en el mismo tono distendido: «Los salvadoreños son cachimbones donde quiera que se encuentran», dijo el funcionario. Laínez invitó a los salvadoreños a que transmitan a sus hijos el «cariño que sienten por su país» y a que no los dejen olvidarse de «la identidad a la que todos pertenecemos».

La Prensa Gráfica, 17/6/05.

Frente a los héroes cachimbones que trabajan cada día y que se dignifican con el trabajo se encuentran los otros, los villanos, los que dejan un chuquillo que debe ser evitado. Pero sobre estos héroes y su impacto económico hay un relato desarrollado con más detalle en la prensa.³

3. De los nuevos encomenderos, de los dólares que se enviaron y de cómo los mojados se volvieron acaudalados

El crecimiento económico reportado por la migración fue documentado por la prensa desde mucho antes que tuviera fin el conflicto armado. Ya en 1985, aparecieron algunas notas sobre el tema como lo muestra la noticia que informó que: «El Presidente del Banco Central de Reserva, Lic. Alberto Benítez Bonilla afirmó que: “Después del café, el otro sector que genera más divisas es la ayuda familiar al [del] exterior”» (*Diario Latino, 5/12/85*).

En los siguientes años, la noción de territorio se amplió más allá de las fronteras territoriales, y el nosotros salvadoreños se amplió. Este discurso se destacó tanto en las notas sobre el aumento en las remesas, como en aquellas que presentan a los salvadoreños exitosos en el extranjero.

A medida que el interés por los migrantes creció, las notas del éxito de «los compatriotas» en tierras extranjeras se diversificaron. Se resaltaron más notas de personas que pasaron de «mojados a empresarios», salvadoreños residentes en el extranjero desde hace ya un largo período y que destacaron en alguna rama del deporte o el arte, escritores que publicaron sus novelas en otros países y su talento fue reconocido, científicos que destacaron, deportistas importantes. Se cubrió, también, a salvadoreños que residían en el país, pero que fueron llamados por las autoridades de otros países a colaborar, a competir, a montar exposiciones y a poner «en alto» el nombre del país.

Un personaje que destaca en el ámbito económico es el encomendero, conocido también como viajero, que aparece muy poco en las noticias de la muestra, pero que ha sido objeto de un reportaje especial en la revista Enfoques de *La Prensa Gráfica* (1/2/04). En esta nota se presenta a los viajeros como «los nuevos magnates de oriente, los pequeños que se volvieron gigantes», y se explica que hasta antes de las restricciones de seguridad impuestas por el 11 de septiembre, los viajeros podían ganar «casi el salario de un ministro». Con una serie de testimonios personales se muestra cómo algunos viajeros se han convertido en empresarios y muchos otros dejaron empleos formales para dedicarse de lleno a una «profesión» en la que llevan veinticinco años.⁴

Aunque la visión sobre los encomenderos suele ser positiva, en algunos casos es posible encontrar un relato más bien negativo, el viajero como un personaje oscuro que se dedica al trá-

fico ilegal. Tal es el caso de una nota de *El Diario de Hoy*, se recuerda que los policías de la División Antinarcoóticos «tienen cuidado con los encomenderos, porque usualmente la droga se las ocultan entre los artículos que son enviados a Estados Unidos o Europa» (*El Diario de Hoy*, 10/7/05).

El éxito del migrante conlleva un elemento económico no solo «monetario», sino también simbólico. Es por ello que la categoría de los salvadoreños exitosos gracias a las migraciones se traslapa con el análisis del discurso cultural, y es en este discurso donde encontramos la mayor narrativa elaborada por la prensa escrita salvadoreña. En general, se hace énfasis en cómo estos «destacados compatriotas» fueron capaces de triunfar en espacios donde muchos otros no lo lograron. Se pone de relieve la fuerza y la tenacidad de los salvadoreños y su capacidad de levantar proyectos, en muchos casos, de la nada. Sobre estas historias me ocupo en el siguiente apartado.

4. De cómo entonces llegaron a ser héroes después de cruzar fronteras, alcanzar la tierra prometida y enviar remesas

Ya en 1985 se mostró el renombre de personalidades que pertenecen a grupos socioeconómicos aventajados y el éxito de grupos de becarios de clases menos favorecidas.

La salvadoreña Doris Masear García, de 27 años, presentó como tesis de graduación la construcción del Coliseum de Nueva York como una estructura hexagonal que, según renombrados arquitectos, aventaja en su proyecto a las más importantes firmas de arquitectos norteamericanos.

(*El Diario de Hoy*, 11/8/85).

«80 becarios a EE.UU. para técnica vestuario». La industria del vestuario en El Salvador no se quedaría muy atrás de otros países famosos por sus productos de alta costura. Pero, como en todo, siempre hay campos abiertos a la adquisición de nuevas técnicas.

(*La Prensa Gráfica*, 15/8/85).

A partir de 1995 se volvieron frecuentes, además, las noticias que cuentan de la muerte de compatriotas migrantes en suelo extranjero. Estas coberturas mostraron el significativo aumento de la población que se estableció fuera del territorio nacional, pero que conservó los lazos con su país que, en estas historias, esperaba los cuerpos de estos (com)patriotas lejanos.

Las historias del éxito adquirieron un carácter especial cuando los medios de comunicación presentaron el rostro del salvadoreño que, gracias a las remesas, se convirtió en un «embajador» que defiende la causa de la migración: el presidente Elías Antonio Saca completó sus estudios gracias a las remesas que envió su hermano, quien se ganó la vida «lavando platos y pisos, manejando buses hasta que logró convertirse en médico internista» (*La Prensa Gráfica* 20/8/04).

Al mostrar a los migrantes exitosos, la prensa también retomó aquellas actividades que los migrantes han realizado en el extranjero. La vida cotidiana tiene matices, pero los salvadoreños han celebrado «la bajada» de su patrono, El Salvador del Mundo, en Los Ángeles, Panamá, Montreal, México, Australia, Suecia; o el Carnaval de San Miguel en Houston que en 1990 celebró su octava edición. Muchos de ellos empiezan a volver al país para las fiestas. Primero en diciembre y luego para cada fiesta en la que es posible volver. Estas noticias muestran que, cada vez más, los salvadoreños mantienen prácticas transnacionales, desterritorializadas (García Canclini, 2001), son aquí y allá. La prensa documenta procesos de sustitución de un sentido, un valor o una norma por otros distintos, de la nueva cultura a la que los salvadoreños se han enfrentado. Procesos de mantenimiento del significado, o de recreación y resignificación. También momentos de sincretismo de los cuales surge una propuesta de identidad nueva, que toma de todas partes, pero que es novedosa y distinta del resto de vivencias culturales (Zapata, 2003).

En 1985, la prensa informó que: «Eligen a la señorita El Salvador en Los Ángeles» y que este concurso se inició desde hacía cuatro años; es decir, desde 1981, y que se buscó mantener unida a la comunidad de salvadoreños de la zona que, ya para esa fecha sobrepasaba los cien mil (*El Diario de Hoy*, 12/8/85). La comida típica empezó a ser exportada: «Welcome, pupusas y yuca frita Made in El Salvador», (*La Prensa Gráfica*, 3/4/00). La prensa escrita constató que «en cualquier lugar donde haya “guanacos”, generalmente cerca hay una venta de comida típica salvadoreña, propiedad de un compatriota».

En la cobertura de este anclaje con la vida cotidiana, destacó en la muestra la función de enlace que, a partir del año 2000, tanto *El Diario de Hoy* como *La Prensa Gráfica* facilitaron. Varias familias logran reunir de nuevo a sus seres queridos y otros más aprovecharon el espacio brindado por los medios para enviar mensajes y fotografías a sus conocidos en El Salvador. La cobertura sobre el tema de la migración posibilitó, en alguna medida, que los ciudadanos, los lectores, se apropiaran de espacios en los medios y pudieran contar sus historias en primera persona, sin la mediación del profesional que, desde su propio estilo, entreteje muchas veces los relatos.

5. De cómo, en el transcurso, algunos murieron, del desierto y las peripecias que hubo que vivir

El éxodo es salida, marcha, emigración de una comunidad o un grupo de personas, explica el *Diccionario de la Lengua Española*. En la muestra, la prensa escrita ha presentado este éxodo con un cierto carácter religioso de ese pueblo que marcha hacia la tierra prometida. Una de las grandes preocupaciones sobre el tema de la migración pasa por la crónica del difícil trayecto que siguen los migrantes. En esta temática, el relato de la prensa escrita retoma un estilo dramático, una narrativa donde el héroe y la heroína⁹ se enfrentará a su destino y podrá evadirlo. Contradictoria. Difícil. Dura. Inacabada. La narración es la historia de aquel que se aventura en la ardua prueba. Si logra sortear todos los obstáculos obtendrá la recompensa de la «tierra prometida» (*El Diario de Hoy*, 2/5/05). Pero para alcanzar su objeto de deseo, nuestro héroe

o nuestra heroína, deberá enfrentarse a los malvados intereses de los coyotes, derrotar el hambre, el abrasante calor del desierto, la implacable «migra» y los patrulleros.

Aquí los «mojados» pernoctan en pensiones improvisadas, en donde en cada cuarto duermen hasta veinte personas por una tarifa de 50 pesos. Para evadir la estrecha vigilancia migratoria norteamericana, caminan jornadas de hasta 36 horas por la zona desértica hasta llegar a Tucson, Arizona, que se localiza a 68 millas del rancho La Sierrita. El último punto antes de ingresar a la «tierra prometida». La travesía es un sorteo con la muerte porque en estas tierras abundan víboras, alimañas y... asaltantes que se cubren el rostro con gorros pasamontañas.

El Diario de Hoy. Suplemento Vértice.
«El éxodo al norte. Caminos de dolor».
19 al 26 de septiembre de 2004.

En estas notas los personajes suelen aparecer de la misma manera, sus variaciones son mínimas a lo largo de los años estudiados. Desde 1985, el coyote es presentado como delincuente, se hace un llamado a la comunidad para que los denuncie y se asocia el término coyote con el de estafador.

La figura del coyote se complejiza en la información de los siguientes años. Por un lado se mantiene la imagen del estafador que muchas veces deja a las personas engañadas a medio camino, o les cobra más de lo acordado. Pero poco después, ya en 1990, el crimen se agrava, como lo muestra un titular de *La Prensa Gráfica* que habla de «tráfico de menores secuestrados». El coyote no solo engaña a los ciudadanos, sino se ensaña particularmente con aquellos que son el futuro de la sociedad y que no pueden protegerse del engaño. Posteriormente, ya en el año 2000, aparecerá además como un secuestrador que pedirá rescate a las familias de los que se aventuran en el viaje. En esta temática es importante hacer notar que la población salvadoreña parece tomar distancia del discurso hegemónico; pues, como lo mostró una encuesta de LPG Datos, cinco de cada diez salvadoreños no está de acuerdo en castigar con la cárcel a las personas que se dedican a llevar a otras a Estados Unidos por vías ilegales. (*La Prensa Gráfica*, 6/3/05).

En el año de 1995, las noticias recogieron la preocupación por la deportación masiva de los salvadoreños. Este tema se relacionó mucho con la preocupación por la deportación de criminales y pandilleros que se trabajó en la primera temática.

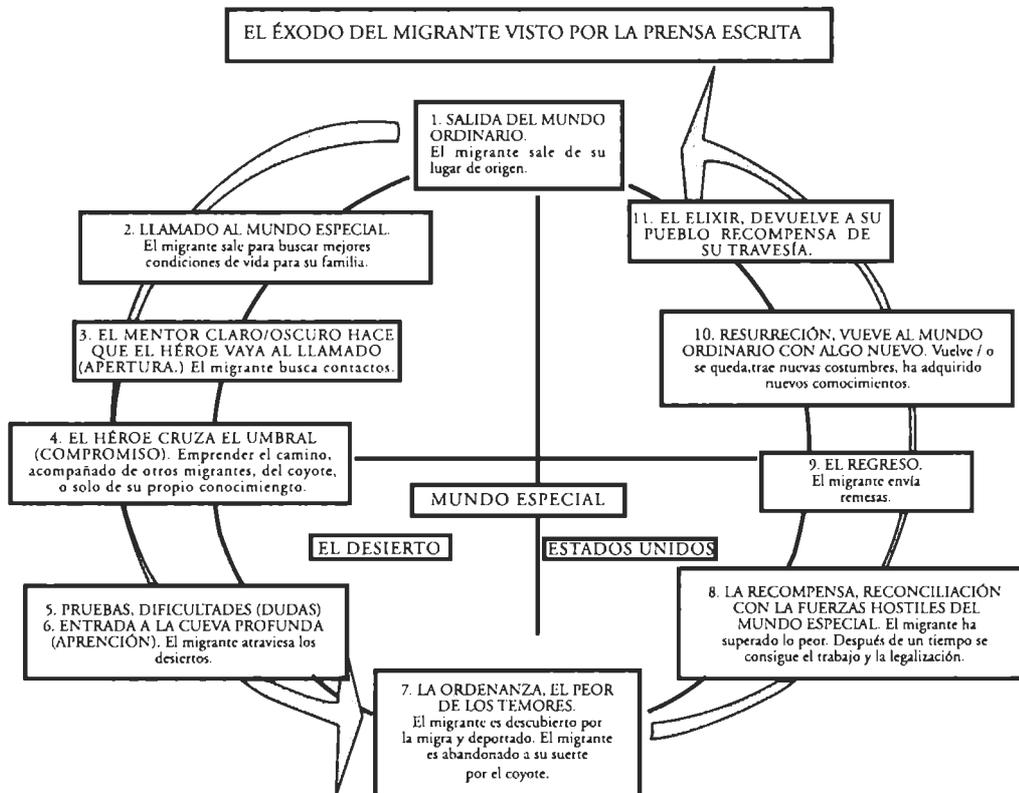
Ya para 2000 las historias se multiplicaron. Los titulares dieron cuenta de ello. Se dio paso a historias personales: «Un día en la vida de la heroína», (*La Prensa Gráfica*, 6/4/04), se presentaron intentos fallidos que tuvieron como consecuencia la mutilación o la muerte de las víctimas: «Mueren cuatro compatriotas» (*El Mundo*, 11/8/04), y se discutió la forma en que estos salvadoreños volverían al país. La historia de vida apareció como el género más usual y también aquellas historias con «función social» donde se solicitó a los lectores ayuda para los casos más impactantes: «Compatriota busca unas manos amigas», (*El Diario de Hoy*, 23/4/04). Aparecieron los relatos del tren en el territorio mexicano y de aquellos de buen corazón que cuidan de

los migrantes: «El drama de un joven amputado», (*La Prensa Gráfica*, 15/12/04), los abusos de la policía migratoria: «Confirman una agresión policial», (*El Diario de Hoy*, 13/4/04), la salvación milagrosa: «Rescatan a cuatro compatriotas de morir dentro de trailer», (*El Diario de Hoy*, 2/4/04), el conteo de otros deportados que esta vez no son una amenaza, sino más bien se les nombra simplemente como «detenidos»: «20 salvadoreños detenidos», (*La Prensa Gráfica*, 20/4/04) y los trágicos desenlaces: «Familia recibe cadáver de Wendy en Soyapango», (*La Prensa Gráfica*, 20/8/04).

En estas historias, se hizo énfasis en la condición de pobreza de los migrantes, pero sin problematizar esta categoría, más bien como un elemento entre los atributos de las personas trabajadoras que buscaron salir adelante. El tono de varias de estas historias es trágico: «Queríamos ayudar a la familia... pero no se pudo», (*La Prensa Gráfica*, 18/8/04). En algunas notas se encontraron historias que enfatizan la posibilidad de lograr «el sueño americano», y que alientan a continuar la ruta del migrante. Esto se ilustra en una nota que publicó el *Diario CoLatino*. El título: «Insólito: liberan a salvadoreños ilegales». En la noticia se relata cómo, tras una persecución, la policía capturó a diez salvadoreños. Fueron remitidos a las autoridades de migración para su deportación, pero estas tenían tanto trabajo, que la policía terminó dejando a los detenidos en libertad. «Los salvadoreños arrestados pudieron seguir su camino... Qué suerte... tenían que ser salvadoreños... Dios estaba con ellos» (*Diario CoLatino*, 6/12/04). El elemento religioso presente en la cultura popular, fue reforzado por este tratamiento periodístico que hizo ver al migrante que logró pasar esta prueba, como alguien que tenía a Dios de ayudante en su travesía.

Dentro de la temática social, las historias de vida abundan mucho más que las discusiones sobre los derechos que los migrantes tienen. Antes de ser sujeto de derechos, el migrante ha sido protagonista de relatos.

El relato del migrante que pasa por distintas pruebas y peripecias. Como todo relato puede ser leído desde aquellos actores que lo protagonizan. El migrante, héroe, va en busca de la tierra prometida, su objeto de deseo. Pero este viaje de partida no es tan sencillo. Se lo pensará mucho, se resistirá a salir de su lugar de origen. Los discursos de los medios de comunicación y los testimonios de aquellos que ya hicieron el viaje le contarán que hay muchos peligros esperándolo, que en el camino enfrentará muchas pruebas. Sin embargo, el héroe conocerá a un mentor, a una persona (o un mensaje) que le hará ver que es necesario partir y buscar una vida mejor. Nuestro héroe tendrá que abrirse camino, comprometerse, sacar sus papeles, un suéter, la botella de agua y su mochila, y con ello emprenderá el viaje. La estructura narrativa tiene un patrón que es seguido por la mayoría de guionistas de Hollywood. Como un ejercicio de provocación he intentado leer la narrativa de la prensa escrita sobre el migrante y su búsqueda de «la tierra prometida» desde el clásico esquema de Christopher Vogler, *el viaje del héroe*, cuyo viaje hacia el mundo especial se encontrará con dos situaciones básicas. Habrá pruebas, y si estas son superadas, entonces este mundo especial le mostrará sus secretos y obtendrá su recompensa. Hay, sin embargo, un bache en el relato de la prensa que se comprueba cuando



se profundiza con las y los salvadoreños que han vivido la migración de manera directa del esquema: entre el punto 7 y el 8; entre el enfrentarse a sus peores temores y lograr ser recompensado pueden pasar muchos años. Prácticamente no se encuentran noticias trabajadas sobre lo difícil y duro que puede ser encontrar trabajo en Estados Unidos, los problemas que se pasan para lograr la legalización, lo que puede suceder al ser deportados.⁷

De hecho este discurso ya ha sido anotado por otras investigaciones que trabajan sobre el tema. Al mismo tiempo se advierte sobre los peligros del camino, pero se idealiza o al menos se omiten las dificultades que existen una vez que se ha llegado al *mundo especial*. Esta omisión y «maquillaje» de la realidad en Estados Unidos está retomada en los trabajos de Diana Santillán y Sarah Mahler: «Un salvadoreño recuerda que cuando era niño, escuchaba los relatos del primer emigrante de Intipucá, que le contó a todo el mundo que el dinero literalmente estaba desparramado por las calles. Mahler (1995) también cuenta el caso de un emigrante que había oído que los dólares estaban tirados en las calles y que podían recogerse con la escoba». (Santillán, 2005, 117). Al no presentar de manera significativa una cobertura sobre las dificultades de la vida en Estados Unidos la prensa escrita salvadoreña contribuye a mantener esta visión idealizada.

6. De cómo los medios continúan contando de los migrantes mientras esta reflexión llega a su fin

El lenguaje tiene el poder de clasificar. Foucault (2004) insistirá en que las palabras muestran nuestras posibilidades y límites para pensar *lo mismo y lo otro*. Esto sucede en esta crónica que ha recorrido el discurso que la prensa escrita ha utilizado para nombrar la migración. En ella encontramos, como consecuencia de sus formas de nombrar, propuestas de identidad que adquieren una particular importancia en nuestra sociedad salvadoreña. Una sociedad que todavía no termina de acostumbrarse a escuchar la diversidad en sus discursos sociales y políticos.

Desde este recorrido por el discurso de los medios, es importante recordar que la comunicación no es solo cuestión de conocimiento, sino también de re-conocimiento, de re-apropiación de la historia. La migración es una historia que exige ser narrada mostrando su complejidad.

El relato periodístico privilegia narrativas deterministas. Las personas no pueden escapar de su destino. Los malos serán siempre malos, los jóvenes de las pandillas no podrán huir de esta realidad, pero tampoco los mojados. Con culpa o sin ella, la suerte está dada de antemano. En este relato, las y los salvadoreños se vuelven héroes que luchan por obtener el favor de su dios en el largo éxodo a través del desierto. Esta narrativa recoge los fracasos, pero sobre todo «canta» los éxitos. Conlleva una visión positiva de la realidad migratoria. Al migrar, los salvadoreños pueden progresar y alcanzar la tierra prometida.

Hace falta que los medios analicen a profundidad el trabajo que hasta ahora se ha hecho sobre la migración y que se discuta más sobre este fenómeno. Es necesario discutir manuales de estilo que sugieran este tratamiento más inclusivo y que recuerden que El Salvador no es solo país de origen, sino también de paso y, cada vez más, también país de destino. El Consell de l'Audiovisual de Catalunya (en Rodrigo Alsina, 2003, pp. 107-108), en unas jornadas sobre el tratamiento informativo de la inmigración celebradas a finales de 2001 realizó una serie de recomendaciones para los medios españoles. Algunas de ellas podrían servir como punto de partida: «Es recomendable, en el tratamiento informativo de la migración, evitar los efectos y los recursos técnicos y periodísticos que buscan una función preferentemente espectacularizadora».

Pero no solo el periodismo tiene retos y deudas pendientes con la sociedad salvadoreña. También la academia tiene mucho por hacer. Por un lado, continuar investigaciones sobre lo que ha sucedido con las migraciones y poner estos hechos en perspectiva histórica. Sistematizar la experiencia de los distintos estudios locales y ponerlos en un diálogo no solo nacional, sino regional que permita obtener nuevas conclusiones. Atender la migración en su compleja realidad que no se reduce solo a la migración hacia Estados Unidos y recordar que esta última difícilmente puede ser explicada sin dialogar con las dinámicas locales, y el papel aún protagónico de la migración del campo a la ciudad.

Por otro lado, es necesario visibilizar y discutir desde las publicaciones teóricas los distintos esfuerzos por profesionalizar el tratamiento de la migración que algunos medios de

comunicación de la región están llevando a cabo. Es un desafío de la academia distinguir, dentro del discurso de los medios, a los distintos actores que se involucran en la producción de las noticias, y diferenciar el trabajo y los objetivos de los periodistas de la apuesta editorial de las industrias mediáticas desde las cuales trabajan. No es pues la idea, condenar el trabajo periodístico, sino servirse de estos nuevos sociólogos, para decirlo con Bauman (2006), y propiciar junto a ellos la reconciliación con una parte de la identidad salvadoreña, esa que se ancla fuera de los veinte mil kilómetros que marcan nuestro territorio.

NOTAS

- 1 Amparo Marroquín Parducci. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Este trabajo se ha elaborado a partir de dos investigaciones inéditas: la “Exploración de los patrones culturales y las formas de comunicación surgidas por las migraciones”, 2006 para el proyecto UCA-SKM y la presentada para el capítulo “Migraciones y diversidad cultural: al encuentro de un nuevo nosotros” del *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2005: Una mirada al nuevo nosotros. El impacto de las migraciones del PNUD*.
- 2 Pocos estudios hay en el país sobre estos temas, el capítulo 9 del Informe 2005 de Desarrollo Humano en El Salvador presenta dos aproximaciones iniciales al tema de la literatura, por un lado y de los corridos como música de migrante por otro (PNUD, 2005), Roxana Martel (2007) trabajó también una revisión del hip hop como nuevo discurso de la migración.
- 3 Sobre este tema de los salvadoreños trabajadores, es indispensable el reciente trabajo de Miguel Huevo Mixco en el Informe de Desarrollo Humano 2007 (En prensa).
- 4 Un importante estudio sobre el tema es el de la economista e investigadora social Sarah Gammage (2004).
- 5 Los protagonistas de estos relatos serán tanto femeninos como masculinos. Desde las primeras notas documentadas en 1985.
- 6 Christopher Vogler ha sido guionista, analista de guiones productor y consultor para muchos estudios de Hollywood, entre ellos Walt Disney Company.
- 7 Es importante recordar que estos relatos pueden haber cobrado protagonismo a raíz de los incidentes y las protestas recientes de 2006. Sin embargo, esta hipótesis tendría que ser parte de un estudio posterior.

Bibliografía citada

Bauman, Z. (15 de febrero de 2006). «Tenemos que pasar de la tolerancia a la solidaridad». En *La Nación*. Argentina. p. 1.

Foucault, M. (2004). *Las palabras y las cosas*. (31.ª ed.) México D.F.: Siglo XXI.

Gammage, S. (December, 2004). «Viajeros y viajeras en El Salvador. Enlazando mundos, estrechando vínculos». Women’s Studies Department. George Washington University Center for Women and Work, Rutgers, The State University of New Jersey. *Working Paper* number 2. Disponible en: <http://www.rci.rutgers.edu/~migrate1/ResearchPapers/GammageWorkingPaperNo.2.pdf>.

García Canclini, N. (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. (2.ª ed.) México D.F.: Grijalbo.

- Huezo Mixco, M. (En prensa). Salvadoreños trabajadores. Imaginarios sociales y el mundo del trabajo». En *Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. Informe de Desarrollo Humano 2007*. San Salvador: PNUD.
- Martel, R. y Marroquín, A. (2007). «Crónica de fronteras: la música popular y la identidad salvadoreña migrante». Revista *Istmo*. Revista Virtual de Estudios Culturales y Centroamericanos. (14). Enero «-junio de 2007. Centroamérica y los relatos de viaje. Disponible en: <http://www.denison.edu/collaborations/istmo/articulos/cronica.html>.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2005). *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2005. Una mirada al nuevo nosotros. El impacto de las migraciones*. PNUD: San Salvador.
- Rodrigo Alsina, M. (2003). «Representación de la inmigración: el poder en la construcción de la alteridad». *Signo y pensamiento*. 22 (43). pp. 99-111.
- Santillán, D. (2005). «Renegociar las identidades nacionales: los vínculos transnacionales, los discursos de las diásporas y las comunidades panétnicas». En FLACSO (ed.) *La transnacionalización de la sociedad centroamericana: visiones a partir de la migración*. San Salvador. pp. 101-138.
- Schutz, A. (1999). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Zapata, J. (2003). «Cambio socio-cultural en las migraciones transnacionales». Recuperado el 8 de agosto de 2006 en: <http://www.imsersomigracion.upco.es/Documentos/Otros/Zapata.CULTURA%20Y%20MIGRACION.doc>.

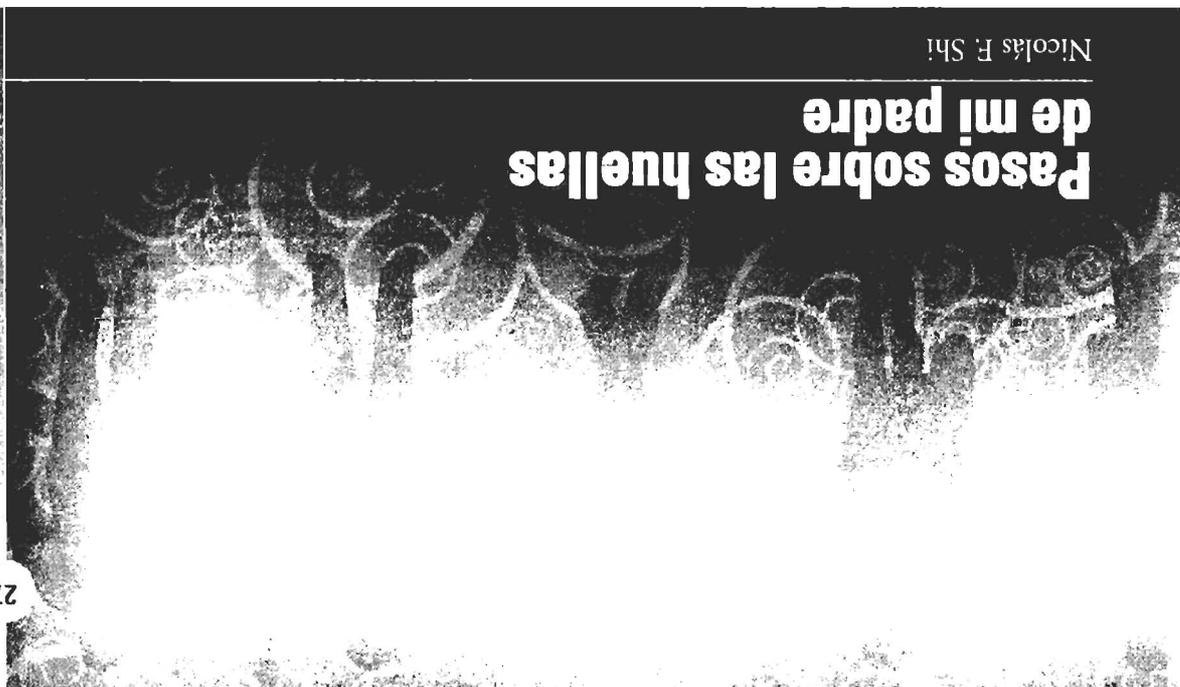
Mi padre nació en una aldea cerca de la ciudad de Cantón, China, en el amanecer del siglo de la Revolución Industrial. A la edad de quince años se embarcó en el puerto de Macao rumbo a tierras salvajes y de costumbres desconocidas en lo que él pensó sería una ausencia temporal, sin imaginarse que terminaría en ser una odisea permanente. Pero no fue a las amadas montañas doradas de California que él se dirigió, sino a un pequeño país de la América

mos... de su pasado... y de mi futuro. llerato, más de veinte años atrás, que mi padre me llamó. Fue en esta habitación que hablabo porque había fallado a sus expectativas; Fue aquí, días después de mi graduación del bachillerato, sentí un alceco en el estómago antes de entrar en este cuarto porque había enojado a mi padre, aquí para ser regañado por algo que hice, o que no hice y debiera haber hecho; ¡Cuántas veces chinas que causaron el alboroto que me regresara a mi ¡juventud. ¡Cuántas veces fui llamado rantes llenos de retoños de bambú y frutas chinas enlatadas, frascos de salsa soya y las especias y la cocina del restaurante. No es más que una bodega con un escritorio, un par de sillas y es-

Me encuentro en el umbral de la oficina de mi padre, una estrecha habitación entre el bar ciudad y que ahora carga el tráfico hacia las nuevas zonas residenciales. sobre la alameda principal que en el pasado llevara el calor y el bullicio fuera del centro de la que eran las orillas de la ciudad; una dama entrada en años, pero siempre digna y distinguida, Una de esas antiguas estructuras que fueran las residencias preferidas de los afluente en lo a esta amplia casa colonial que un día, mucho tiempo atrás, mi viejo convirtiera en restaurante. miniscencias y emociones. A menos de un año de la muerte súbita de mi padre he regresado chinas alborotaron las relatañas en las buhardillas de mis recuerdos, causando un alud de re- Como érase de esperar, el olor a musgo de los hongos secos y el dulce aroma de las especias

Nicolas F. Shi

Pasos sobre las huellas de mi padre



Central donde su tío se había refugiado huyendo de la inhospitabilidad y las leyes discriminatorias estadounidenses.

Después de varias semanas en alta mar, en una soleada mañana de calor infernal que le recordó a su pueblo natal, mi padre arribó a su destino final. Una bocanada de aire salado y un papalote en forma de pez dorado que flotaba en las olas nebulosas del cielo le dieron la bienvenida. Al final del cordel lo esperaba su tío, agitando un pañuelo de seda rojo desde la entrada del muelle. Muchos años después una serie de esos peces dorados, pintados a mano en multitud de colores sobre lienzos de seda cruda y estirados en una armazón de varillas de bambú, nadarían en el cielo falso de la entrada del restaurante que abriría en la capital, como un símbolo de bienvenida a los comensales.

El tío de mi padre vivía en Juayúa, una pequeña población en las faldas del Faro del Pacífico, sobrenombre dado al volcán de Izalco por su perenne corona de fuego que guiaba a todas las embarcaciones a lo largo de la costa pacífica de la América Central. En un portón aldeaño a la arcada de los comerciantes frente a la plaza principal quedaba La Favorita, o la tienda del chino como era conocida. Ahí se podía encontrar desde golosinas y refrescos embotellados hasta hilo de bordar.

Sólo puedo imaginar cuán difíciles fueron esos primeros años: sin hablar el idioma, durmiendo en el suelo en la trastienda del negocio de su tío, y soportando el maltrato de la población local. Más de alguna vez me comentó cómo la población local trataban a los chinos como ciudadanos de segunda clase, peor que perros. Los llamaban «chinos cochinos» o «chinos comerratas». Pero lo peor no eran esos insultos de ignorantes, sino el sabor amargo del odio y disgusto en sus miradas.

Mucho antes de este período de exclusión y antagonismo, un pequeño número de chinos fueron invitados a ingresar al país como experimento laboral. Empresarios locales, en busca de mano de obra barata, los contrataron para trabajar en sus haciendas. Los contratos, de una paga irrisoria, duraban de cuatro a ocho años a cuyo término los asiáticos eran libres de quedarse o regresar a su tierra. Por esos tiempos llegó mi tío abuelo, con una sonrisa perenne en los labios y una chispa de picardía infantil en la mirada. A cambio de la esperanza de mejores días empuñó cuatro años de su vida firmando un contrato para trabajar en una finca de café. Con el mísero salario que recibía no le fue posible ahorrar suficiente dinero como para regresar a su tierra con la cabeza en alto, y al término de su contrato, y a insistencia de otros chinos libres, decidió quedarse unos años más a probar fortuna, deseando regresar a casa ya sea hecho un hombre rico o embalsamado en una caja de pino.

Así fue como mi padre encontró una pequeña comunidad de compatriotas ya establecida en el país. La mayoría eran comerciantes con pequeñas tiendas ofreciendo, al igual que la tienda de su tío: dulces, luces de bengala, especias, tabletas y ungüentos para toda clase de ma-
lestares, pastillas perfumadas para el baño, jabón para lavar la ropa, adornos, artículos de tocador, regalos y cualquier otra novedad que trajera la moda.

Si la necesidad es la madre de la invención, la nostalgia es su madrina. Por el simple deseo de saborear bocadillos y delicias de su tierra, mi padre experimentó con la preparación de platicos chinos a base de productos locales. El puré de semilla de loto, que su madre usaba para rellenar los panecillos a vapor de su niñez, lo duplicó con una pasta de frijoles colorados endulzados con miel de panela. En vez de melón de invierno usó el muy común güisquil y a falta de castañas de agua la jícama fue un buen sustituto. El tamarindo le dio el sabor ácido a la salsa agridulce y la hoja de huerta reemplazó a la hoja de bambú en los tamales de arroz glutinoso. Así fue como comenzó su aventura culinaria llevándolo a abrir las puertas del primer restaurante chino del país, donde ofrecía delicias de su tierra como la sopa de aletas de tiburón, los enrollados primavera, el pato asado al estilo mandarín, los filetes de lomito de res en salsa de ostras, y las ahora muy populares corbatas de harina con miel de abejas.

Él siempre se sintió orgulloso de sus raíces y de su cultura. Cuando la comunidad china decidió erigir un centro de reuniones mi padre se encargó de su diseño y construcción. Lo modeló al estilo de los palacios imperiales de Pekín, con dragones multicolores enrollados en las columnas para guardar la entrada y ahuyentar los malos espíritus. En el jardín colocó estanques adornados con rocas volcánicas de lava enfriada en formas caprichosas, peces dorados y nenúfares como en los parques de la Ciudad Prohibida del Imperio Celeste.

Mi padre nunca perdió la esperanza de regresar a su patria y reunirse con su familia. En 1976 el sueño de respirar el aliento de sándalo de la tierra húmeda de su tierra natal se le cumplió. El gobierno de la República Popular de China le otorgó un permiso para que él y su familia pudieran visitar Pekín, Shanghai, Suchow y Cantón, las únicas ciudades parcialmente abiertas al turismo extranjero, donde pasaron tres semanas admirando sitios históricos y lugares exóticos.

«Bueno, basta de hablar sobre mí —recuerdo que dijo mi padre—: ¿has pensado qué vas a estudiar en la Universidad?». Mi respuesta de que soñaba con dedicarme a la pintura le cayó como agua fría, ya que él esperaba que su hijo persiguiera una carrera en Matemáticas, Ingeniería o algo en referencia a esas novedosas computadoras. Luego de discutir, y darme a entender que una carrera de bohemios y drogadictos no era una opción, acordamos que estudiaría Arquitectura, la cual combinaba la creatividad visual y la agilidad numérica.

Decidimos entonces que me matricularía en la Universidad Nacional y luego de graduarme, si era posible, me iría a los Estados Unidos a estudiar una maestría. Pero no todo salió como planeado. La discordia popular que empezara cincuenta años atrás alcanzó su punto de ebullición mientras yo empezaba mis estudios universitarios. La situación política en el país empeoraba minuto a minuto y una cruda guerra civil era inminente. Los secuestros por recompensa llevados a cabo por los rebeldes, y más de algún truhán aprovechado, se intensificaban. Luego de que la comunidad china tuviera que comprar la libertad de uno de los suyos y temiendo que algo siniestro me sucediera, mi padre tomó la decisión de proteger a su hijo en el extranjero.

Estoy de regreso en la bodega que mi padre llamaba su oficina. El aroma de los hongos secos y las especias chinas me regresa a mi juventud. El lento aleteo de un ventilador de aspas metálicas no hace más que alborotar el calor de la tarde. El lugar está lleno de memorias, pero ésta será la última vez que lo he de visitar ya que el restaurante ha sido vendido. Vengo a recoger los objetos personales de mi padre, pero lo único que va en la caja de cartón son las fotos que adornaban las paredes, su ábaco de cuentas de madera de rosa y una vida de sueños y esperanzas.



Angkor wat (fotografía de Aída Párraga).

Crónicas de viaje por China y Camboya

Aída Párraga

1. Phnom Penh

En el Reino de Kampuchea, mejor conocido para occidente como Camboya, la vida y la muerte caminan de la mano por los senderos de la historia, mientras una cobra de siete cabezas se yergue desde una independencia tímida y virgen en el centro de su geografía. Una de las siete maravillas del mundo, espera arropada con las sábanas verdes de la selva, a la humanidad: Angkor, la ciudad templo que hace más de quinientos años fuera la capital de Kampuchea y que, según las leyendas populares Khmer, se trasladó a su actual locación después de un copioso invierno en que el Mekong se desbordó, inundando una villa fundada a sus orillas. Como consecuencia de esta inundación, uno de tantos árboles que fueron arrastrados por la corriente del crecido río, dejó al descubierto, a las puertas de Lady Penh, tres imágenes de Buda labradas en oro. El rey Pohnea Yat interpretó aquel hecho como el deseo del cielo de cambiar la sede de la ciudad y Angkor fue abandonada, para mudarse a la nueva ciudad capital: Phnom Penh (La colina de Lady Penh). Esto fue en 1431, desde entonces Angkor fue olvidada, se convirtió en leyenda, nadie sabía de ella sino como una ciudad que un día existió... Los jardines colgantes de Babilonia, la Biblioteca de Alejandría y el Coloso de Rodas... Angkor fue descubierta a finales del siglo XIX por Henri Mouhot, expedicionario y naturalista de origen francés, y ahora es una visita obligada en esta parte de Asia.

Sin embargo, Phnom Penh es muy distinta a la ciudad-templo. En la actual ciudad capital no se encuentran rasgos de la monumental escultura en piedra de su predecesora, ni de sus maravillosas esculturas, más bien es reflejo de la influencia de dos culturas opuestas e igualmente dominantes, la hindú y la francesa. Las edificaciones más bellas de la corriente hindú que ahora se pueden observar son las sobrevivientes de los muchos años de guerra, y son fieles reflejos de la concepción y culto budista, en especial del budismo theravada, al que pertenece el noventa por ciento de la población khmer.

El Palacio Real, construido a finales del siglo pasado por el rey Norodom, y que actualmente es el hogar de Su Majestad Preah Bat Samdech Preah Norodom Sihanouk el Rey y Su Majestad Preah Reach Akka Mohesey Norodom Monineath Sihanouk la Reina, guarda toda la belleza de las pagodas budistas, sus techos de oro con sus cincuenta y nueve columnas se elevan hacia el cielo en súplica de vida, mientras la Pagoda de Plata ofrece a los terrenales pasos, pisos de plata y mármol que los guiarán a la contemplación de una de sus más hermosas posesiones: una imagen de Buda de oro sólido que pesa noventa kilogramos en la cual se pueden distinguir incrustados 9584 diamantes. En contraste, la ciudad en términos generales, tiene el trazo urbanístico de París. Edificios de apartamentos de cinco o seis pisos coronando las esquinas, en una concepción radial del trazo de las calles, que las hace desembocar en tres puntos importantes: el viejo Estadio Olímpico, que ahora es un mercado, el mercado Central y Wat Phnom (el templo de la colina). Phnom Penh fue la ciudad más desarrollada del Sudeste asiático en los años cuarenta, su condición de colonia francesa le brindó la oportunidad de convertirse en un centro de cultura y negocios fundamental para el área. Sin embargo, los procesos políticos y sociales que enfrentó a partir de 1946, año en que inició la revolución independentista, y luego a finales de los cincuenta, con el inicio de la guerra interna en Vietnam, y, finalmente en los setentas, con la victoria vietnamita ante el ejército americano y sus aliados, y la toma armada del poder por el Khmer Rouge, sumió a todo el país en un retraso profundo que evitó su crecimiento.

El día de hoy Phnom Penh es una ciudad pequeña que se puede recorrer en bicicleta, longitudinalmente, en veinte minutos. Los hermosos edificios de apartamentos, con sus balcones franceses, perdieron toda su grandilocuencia, cuando el gobierno monárquico del rey Norodom fue depuesto y obligado al exilio con la toma del poder del Khmer Rouge, ya que no solo los miembros del gobierno optaron por irse del país sino también la clase social que tuvo los recursos para hacerlo. Cuatro años pasaron en los que Phnom Penh fue una ciudad fantasma en la que habitaban únicamente Pol Pot y su gabinete de gobierno, tiempo en el que los saqueos y falta de cuidados provocaron estragos irreversibles. La población que antes habitó la ciudad no volvió a ella sino hasta 1975, cuando la intervención del ejército vietnamita, con ayuda de algunos infiltrados camboyanos, obligó al alto mando del Khmer Rouge a volver a las provincias, particularmente a la zona liberada del Pailin, área bajo dominio absoluto de la guerrilla y que permaneció con carácter autónomo hasta 1998, año en que una vez muerto Pol Pot y Ta Mok, el segundo en el partido, dado a la fuga, se empezó a negociar la reintegración del país. Es justamente a la caída del Khmer Rouge que los sobrevivientes de los campos de trabajo (*Killing Fields*) retornaron a las ciudades, para encontrarse con que, en el mejor de los casos, la mitad de su familia había perecido, sus casas habían sido destruidas, no tenían dinero y obviamente no habría trabajo en mucho tiempo, así que se tomaron los edificios. Ya el Khmer Rouge se había encargado de saquearlos y destruir los vestigios de la corrupta sociedad capitalista, y tomando en cuenta que muchos de los propietarios murieron en este periodo, otros desaparecieron y, los que corrieron con mejor suerte, se refugiaron en países amigos, la ocupación de los inmuebles no fue difícil. Hasta el día de hoy se observan en el centro de la ciudad ejemplos de esta ocupación de más de veinticinco años, y de los estragos que ha causado. Los edificios

se han ido maltratando con el paso de los años, los techos no aguantaron inviernos, los cristales no fueron repuestos, los ventanales de vitrales fueron uno a uno víctimas de las piedras, las celosías de madera labrada se pudrieron... Sin embargo, la degradación no se conformó con los edificios tomados, se escurrió por sus paredes hasta la calle (al punto que en este momento son únicamente cuatro las calles pavimentadas), arrasó con cines y teatros, escuelas y universidades, templos y puentes.

Por todo esto, Phnom Penh es más hermana de Centroamérica, que hermana de Nueva York o París. Ya que al igual que en nuestras ciudades, el pueblo se empeña en sobrevivir enfrentando la escasez de oferta de trabajo mediante el engrosamiento del sector informal, puerta tras puerta se abren negocios, mercados y ventas de frutas (especialmente caña de azúcar y cocos), los que no cuentan con un local, sacan pequeños carretones de madera en los que mercan fruta partida, sorbetes o paletas. En otros casos esperan a que caiga la tarde y se trasladan con esterillas, hornillas y sombrillas a las orillas del Tonle Sap, para ofrecer huevos duros, calamares secos, gorriones asados, chapulines fritos, y toda una serie de platos bastante exóticos, que ponen de manifiesto las necesidades y penurias por las que esta gente pasa a diario.

En cuanto al transporte, aun cuando hay muchos carros en la ciudad, los medios más utilizados, por económicos, siguen siendo la motocicleta y el cyclo, que es una bicicleta con un asiento al frente y que por un máximo de tres dólares por hora, se convierte en un medio muy cómodo de exploración por la ciudad. El sistema de trenes no es muy amplio y sólo se puede viajar, haciendo uso de ellos, a Sihanoukville y Battambang. Sin embargo, hay ocho aeropuertos provinciales con un servicio regular de vuelos, por medio de los cuales se puede viajar a cualquier lugar del país. Pero, además, también se puede optar por remontar el Tonle Sap, el Tonle Basak y, por supuesto, el Mekong; ríos que atraviesan el país uniéndolo en una sola arteria las vibraciones de Laos, Camboya y Vietnam.

Los grandes ríos son, además, fuente de alimentos. Mariscos y arroz son la base de la comida típica khmer, la que tiene algún parecido con la tradición culinaria de su vecina Tailandia, en cuanto a la predilección en el uso del picante, el ajo, jengibre, y hierba de limón. Muy pocos son los platos con frituras o exceso de aceites y grasas. Por lo general, la comida es hervida, muchas hierbas y ensaladas de mariscos. Eso explica la delgadez de los camboyanos.

En un país monárquico por siempre y, además, con un siglo de colonia francesa, se encuentra sobre el boulevard Preah Norodom, el monumento a la Independencia, que marca el fin de la dominación francesa en el año de 1953. En él se pueden observar cien cobras de siete cabezas, símbolo del país y de connotaciones eminentemente religiosas. Además de este monumento, hay un gran número de lugares en las cercanías de la ciudad, en los que se puede admirar la historia khmer en todo su esplendor. Ejemplos de esto son: el templo Ta Prohm Tonle Bati, construido en el siglo XIII y dedicado al brahmanismo y al budismo; el Neang Khmau, construido en el siglo VI con ladrillos y piedra de arena y el Surya Parvata, un templo de montaña erigido en el siglo XI. También se puede, y debe, visitar Koh Dach, una isla de aproximadamente treinta kilómetros cuadrados en el Mekong. Es en esta islita donde se trabaja el tradicional hilado de la seda khmer, el corte de piedras preciosas y el tallado en madera.

Otra de las sorpresas que uno se encuentra en esta ciudad es la gran cantidad de mascotas poco tradicionales: monos, osos, serpientes, tigrillos, y uno que otro elefante deambulando por

la ciudad y visitando al buen amigo que todas las tardes le regala bananas y papaya.

Phnom Penh se levanta a las cuatro de la mañana todos los días, pero al oscurecer sus aceras se visten de mesas plegables y pequeños puestos de bebidas y comida. En noches en que el calor no da tregua, cientos de familias se reúnen en estas avenidas a platicar, escuchar música y comer un emparedado tradicional o elote cocido. Los chicos, entonces, hacen colas para subir en las sillas voladoras o en el trencito, y la vida, al igual que en nuestro lado del mundo, pasa entre risas, motocicletas, mangos verdes y caña de azúcar, como continuación a una historia que no siempre ha sido tan feliz, pero que, sin embargo, se empeña en proseguir y olvidar, o al menos convivir, con el recuerdo de muchos años de guerra y sus respectivos muertos... Pero esa es otra parte de la historia...

2. Crónica de la muerte de un genocida

Para entender un país es necesario conocer su historia, así como a los hombres y mujeres que la escribieron. Camboya es un país que se hermana al mío en su historia de guerra y sacrificio, razón que me mueve a conocerlo, para así, desde otra perspectiva, llegar a un conocimiento más profundo de mi propia historia. Fenómenos muy particulares se dieron cita en Camboya: la conjunción de la guerra de independencia de la colonia francesa, la guerra de Vietnam y la revolución interna, formaron un momento coyuntural digno de estudio, pero sobre todo, digno de ser recordado para que no permitamos que se repita.

De todos los tiranos de la historia de la humanidad, quizá Hitler sea uno de los que mejor recordemos por sus crímenes y masacres, mas este recuerdo no perdurará en nuestra memoria



Pol Pot, el hermano número uno (fotografía de Aida Párraga)

gracias exclusivamente a los libros de historia, las novelas y Hollywood, sino también al esfuerzo constante de las generaciones, tanto sobrevivientes como posteriores, de judíos que no permitirán que el mundo le de la espalda otra vez a su gente.

El caso de Camboya y del Hermano Número Uno es distinto, no en cuanto a los horrores vividos por el pueblo, pero sí en cuanto a las actitudes del mundo frente a éstos. Nadie se acuerda de Pol Pot y si se están siguiendo juicios en contra de los asesinos de guerra no tienen la fuerza y la seriedad que el genocidio de TRES MILLONES de camboyanos merecería. Sirva esta humilde crónica de la muerte de Pol Pot para que al menos, las nuevas generaciones de salvadoreños tengan idea de los horrores a los que una guerra fratricida llevó a un pueblo en el Sudeste asiático y así, si Dios quiere, luchemos por evitar otro derramamiento de sangre en nuestra propia tierra, la que no se encuentra exenta de su propia historia de muerte y violencia.

«El hermano número uno». Una visión retrospectiva de Pol Pot

Lo bautizaron con el nombre de Saloth Sar en la aldea de Prek Sbau. Un chico normal. Sar era gentil, odiaba pleitos y violencia. Siendo muy pequeño fue enviado a Phnom Penh bajo el cuidado de un pariente que tenía relaciones con el Palacio Real. Sar, el segundo de cuatro hermanos, al terminar sus estudios secundarios gana una beca para continuar su educación en Francia, en donde sigue la carrera de Ingeniería en Electrónica.

Sar volvió esporádicamente a su villa, estuvo en las ceremonias funerales de su padre y en algunas fiestas del Nuevo Año khmer. De esto hace treinta años. Nunca más sus hermanos supieron de él. Le quisieron prevenir del ataque americano sobre Camboya y lo buscaron también cuando el Khmer Rouge, bajo las órdenes de un líder todopoderoso y desconocido llamado Pol Pot, entró en Phnom Penh, obligando a la población a emigrar a las provincias y a trabajar en los campos militarizados. Muchos años habrían de pasar para que sus hermanos se dieran cuenta que Saloth Sar, el Hermano Número Uno y el temido Pol Pot, eran la misma persona.

Pol Pot tenía gran carisma, una personalidad atrayente, y la capacidad de ser el intelectual sólido o el campesino en los campos de arroz. Esto fue suficiente para que al menos dos mujeres se enamoraran y aceptaran vivir con él.

Khieu Ponnary, la primera esposa de Pol Pot; khmer educada en Francia con quien se conoció en 1951 en París, donde ambos cursaban sus estudios, provenía de una familia camboyanas clase media y que, muchos opinan, desarrolló cierto resentimiento hacia esta clase, debido a que su padre un día huyó hacia Battambang en compañía de una princesa de la Casa Real khmer.

Comprometida con su carrera y convicciones políticas, a diferencia de muchos otros que tuvieron relaciones cercanas con los altos mandos del Khmer Rouge, cuando éste tomó el poder en 1975, Khieu no ostentó ningún cargo importante en el gobierno. La última vez que se le vio aparecer en público, fue en 1978, cuando se le denominó «Madre de la Revolución», después se tuvo noticias de que se encontraba en Beijing recibiendo tratamiento psiquiátrico y el último de los contactos con su esposo fue en 1985, cuando le dio permiso para contraer matrimonio con Mea Son.

¿Cómo nace la revolución? ¿Cómo nace Pol Pot?

A mediados de los años sesenta las persecuciones políticas del gobierno, del entonces príncipe, Norodom Sihanouk, obligó a muchos simpatizantes de las teorías de izquierda a abandonar la ciudad y refugiarse en las tierras altas. Muchos intelectuales fueron los expulsados, entre ellos Saloth Sar, quienes una vez entre las minorías étnicas se dedicaron a organizar el movimiento guerrillero, poco después conocido como Khmer Rouge. Esta primera etapa de la organización recibió todo el apoyo indígena y se valió del resentimiento contra el gobierno central que estas comunidades habían desarrollado, por sus políticas de discriminación y explotación.

En 1968 los habitantes de varias villas de Ratanakiri se enfrentaron a las autoridades locales pidiendo que no se confiscaran ocho mil hectáreas de tierra cultivable, para la explotación del caucho. La respuesta no se hizo esperar: fueron masacrados, sus villas saqueadas y, posteriormente, quemadas. Como resultado, la provincia entera se unió al ejército revolucionario.

En la gran ofensiva de 1969 lanzada por el ejército oficial contra las tropas guerrilleras, nace la Guerra del Pueblo y de la que Pol Pot dijera en 1977:

En sus operaciones, el enemigo movilizó su infantería, tanques, artillería, vehículos de transporte y aviación. Sin embargo, en el noreste, como en otras regiones montañosas y selváticas, los pertrechos del enemigo perdieron su efectividad. Las bombas y cohetes tirados al azar en la gran selva se perdieron entre árboles y rocas, y no causaron ni el más pequeño daño a nuestro ejército. En cuanto a los camiones y tanques, la vasta jungla era inaccesible para ellos. Quedaba la infantería, en contra de la cual preparamos redes, pozos con estacas, dardos, en fin, todo tipo de trampas de cacería; además cortamos árboles que sirvieron como obstáculos en los caminos, de manera que si el enemigo trataba de penetrar quedaría a merced de nuestras células guerrilleras que dominaban el territorio, su propia selva. Esta fue la Guerra del Pueblo, basada en la guerra de guerrillas.

En marzo de 1970 se produce un golpe de Estado dirigido por el general Lon Nol, quien derroca al príncipe Norodom. Dos meses después, la lucha entre las fuerzas norteamericanas y vietnamitas se extiende a territorio camboyano: treinta mil efectivos norteamericanos y cuarenta mil sudvietnamitas invaden Camboya. Esto obliga a que el cuartel general guerrillero A-5, sea evacuado de emergencia y trasladado a una zona de mayor seguridad. Pero el Khmer Rouge no era el único pensando en la evacuación. En mayo de este año los asesores norteamericanos empiezan la presión sobre Lon Nol para que retire sus fuerzas de la zona noreste, argumentando que el ejército camboyano no era suficientemente fuerte como para mantener la lucha en esta zona contra el Khmer Rouge y en el resto del país contra la invasión vietnamita, al mismo tiempo, por lo tanto, los contingentes, que desde la ofensiva de 1969, habían quedado estacionados en Ratanakiri, debían ser rescatados y las fuerzas concentradas en la eventual defensa de Phnom Penh. Lon Nol se retira, perdiendo así el control militar de casi una cuarta parte del país y proveyendo la oportunidad al ejército revolucionario para que tome las provincias norestes: Pailin, Ratanakiri, Anlong Veng y Phnom Malai. La posesión de la tierra fue decisiva para la revolución, que ahora contaba con territorio para entrenamiento y reclutamiento.

Con la retirada del ejército norteamericano de la guerra en Vietnam y su subsiguiente partida de Camboya en 1973, Pol Pot inicia las políticas de desarrollo cooperativo, la alimentación comunitaria y prohíbe toda expresión religiosa entre las minorías étnicas, castigando, con la muerte algunas veces, a los que no siguieran el programa.

No es hasta el 16 de abril de 1975 que el ejército revolucionario de línea comunista, Khmer Rouge, toma el poder central, como resultado de la incursión en Phnom Penh.

Una semana después de haber tomado el poder, Pol Pot ordena a la población que emigre a los campos de trabajo (anuncia el bombardeo sistemático de la ciudad), no quiere concentraciones en las grandes ciudades. Aparecen los centros de retención, el más importante de ellos es Toul Sleng, escuela secundaria convertida en campo de interrogación y ejecución en el que se calcula, fueron asesinados más de treinta mil camboyanos, por causas que variaban desde saber leer y escribir (Pol Pot veía como enemigos a sus colegas intelectuales) hasta haber sido miembro del anterior gobierno; también existen miles de fosas comunes, como resultado de los famosos «Killing Fields», ya que si Toul Sleng era lugar de interrogatorio y tortura, los «Killing Fields» fueron lugares de exterminio sin preguntas. Durante cuatro años, el Khmer Rouge gobernó un país en el que se asesinaba a todo aquel que no obedeciera o fuera sospechoso de traición y, finalmente, el 1 de julio de 1979, como resultado de la invasión del ejército vietnamita, el Gobierno Central de Kampuchea Democrática es obligado a rendirse y fue expulsado, nuevamente, a las montañas y la clandestinidad.

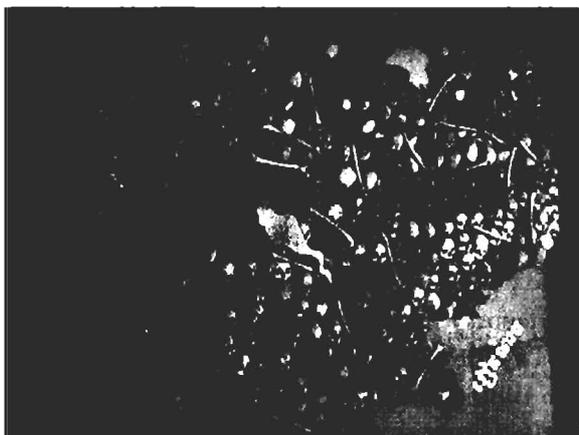
¿Amigos ?

Pol Pot murió habiendo sido traicionado por casi todo el mundo. Durante sus últimos meses ni siquiera tuvo el consuelo de esconderse detrás de su tan amada privacidad. A pesar de su enorme capacidad para deformar la realidad, seguramente Pol Pot murió consciente de que el esfuerzo de su vida terminó en un total fracaso.

Sin embargo, en el aspecto personal, gente allegada a él cree que de no haber sido por el cambio que la revolución dio, dedicándose a matar cientos de miles de supuestos traidores, las ideas de Pol Pot lo hubieran catalogado como «un gran hombre».

Sus ideas en cuanto a la educación de los grupos más pobres, basadas en el más puro ideal socialista pudieron haber funcionado, si él hubiese hecho todo lo que tenía planeado durante su régimen. Sin embargo, el plan no funcionó pues siempre insistió en ser el único en tomar decisiones. Muchos no se dieron cuenta del derrame excesivo de sangre, sino hasta después, cuando el régimen colapsaba y el enemigo vietnamita se encontraba en suelo camboyano.

A pesar de todo, quienes conocieron al Hermano Número Uno aseguran que era un hombre calmado, amable, ni frívolo ni totalmente jovial, un contador incansable de historias y la mayor parte del tiempo, un buen amigo. Siempre inmerso en la política, ávido lector, vivió una vida espartana, pero repartía regalos entre sus amigos más cercanos, nunca dinero, siempre



Mapa de Kampuchea, hecho de calaveras humanas en Toul Sleng. (fotografía de Aida Párraga)

algo que les hiciera recordarlo. Se negó toda la vida a tener un segundo hijo, ya que aseguraba que teniendo más de uno no se les podría educar apropiadamente.

Como jefe era un hombre muy sereno, que muy raras veces perdía los estribos y que cuando alguien cometía un error, daba consejos sin dejarse llevar por la ira o tratar de buscar un culpable, sin embargo, sólo dos errores se podían cometer bajo las ordenes de Pol Pot, al tercero, el infractor indefectiblemente sería mandado a la montaña para que se convirtiera en soldado.

¿El final?

«Quiero mis cenizas esparcidas sobre Ratanakiri, el Tonle Sap y las montañas de Dangrek.»
Pol Pot.

¿Quién cumplirá la última voluntad del hombre que hasta 1997 fue el líder más poderoso del Khmer Rouge, cuando en una incineración de basura, más que cremación, su cuerpo ardió entre llantas viejas, pedazos de tablas, su silla favorita, la poca ropa que tenía y el colchón en que murió?

No hubo pesar ante la partida del ser amado, su segunda esposa, treinta y tres años menor que él, con lágrimas en los ojos el día de su funeral, solo acertó a decir que para ella: «Pol Pot fue un buen marido y padre. Nuestro matrimonio, a pesar de la diferencia de edad, fue feliz».

Son y su hija se mantuvieron alejadas y los testigos fueron los exclusivamente necesarios para construir un cajón rudimentario y prenderle fuego.

Pol Pot murió vacío. Hacía ya mucho tiempo que él mismo se había alejado de la humanidad y la compasión. Cerca de tres millones de muertos están es su cuenta, miles de mutilados, huérfanos, y mendigos que recorren Phnom Penh son los resultados de su régimen.

La última visión de Pol Pot es la del cadáver de un hombre de setenta y tres años con el pelo rudimentariamente pintado y sufriendo el proceso biológico de descomposición. Su cuerpo se encontraba en una cabaña con dos jóvenes guerrilleros como escolta, quienes ante la presencia de los periodistas, abrieron la camisa que le cubría para mostrar viejas cicatrices dejadas por las operaciones de tumores cancerosos. Las fosas nasales estaban tapadas con torundas de algodón, la boca se encontraba entreabierta, ya que el ejército tailandés tomó fotos de su dentadura.

En un intento de embalsamamiento, el cuerpo fue inundado con formalina. Sin embargo, el segundo día los guardias usaron grandes marquetas de hielo, que colocaban sobre el pecho para evitar la descomposición.

¿La duda ?

Si murió por causas naturales o le ayudaron a morir, queda en el misterio... La especulación y la duda quedará implantada en el corazón de los que sufrieron los excesos de poder del Hermano Número Uno, sobre todo por la irregularidad en que sucedieron los acontecimientos.

Pol Pot murió, según el reporte oficial, a las once y quince de la noche del 15 de abril de 1998, (justamente un día antes del vigésimo tercer aniversario de la llegada a Phnom Penh y toma del poder central por el Khmer Rouge) en la casa en que pasó los nueve meses de su arresto domiciliar

en las cercanías de Anlong Veng; de donde, durante esa noche, fue transportado a un campamento del Khmer Rouge en el paso fronterizo con Tailandia de Sa-Gham, debido, según los reportes, a que unidades del ejército camboyano avanzaban en dirección de Anlong Veng.

«Es imposible que una mujer inyecte a su esposo para que muera», fue una de las primeras frases del carcelero de Pol Pot. ¿Por qué nadie acusó a Son de asesinar a su marido? ¿Por qué el ejército tailandés se apresuró a hacerse presente y tomar muestras del cabello y por qué los expertos se encontraron con un cabello recién pintado, del que obviamente no podrían extraer la información proteínica necesaria? ¿Por qué, si murió a las once y quince de la noche, como fue reportado, estaba totalmente vestido? (el rigor mortis hubiera dificultado la tarea de vestirlo después de muerto). ¿Por qué los periodistas convocados encontraron sus sandalias pulcramente puestas bajo la cama en que no murió? ¿Por qué su botella de agua y su lámpara en la mesita del lado? ¿Por qué alguien se tomaría la molestia de transportar un cadáver con todas sus pertenencias? ¿Por qué, si murió por la noche en el medio de la selva camboyana, en las primeras horas de la mañana su cuerpo había sido embalsamado con más de tres galones de formalina? ¿Dónde consiguieron el químico, que no es uno de los más comunes en tales cantidades en un campamento guerrillero?

Éstas, y muchas más, preguntas surgen al analizar los hechos, para ninguna de ellas hay una respuesta concreta o creíble, sin embargo, de lo que no queda ninguna duda, es que con su muerte Pol Pot, a días, quizás horas, de ser entregado a un tribunal internacional para comparecer en un juicio por crímenes de guerra contra la humanidad, le ha traído tranquilidad a innumerables personas, muchos gobiernos y, finalmente, al mismo Khmer Rouge.

La muerte de Pol Pot, como su vida, ha sido un misterio, y ambas permanecerán como tal en la historia.

3. Beijing, desde mi ventana...

Desde esta ventana veo una ciudad a la que nunca, ni en los más bizarros sueños, hubiera pensado llegar; a la que llegué huérfana y que me ha adoptado, a pesar de la gran familia que ya es. Veo las cosas que se ven desde cualquier ventana: el mercado al aire libre, los ciclistas, la torre del Kempinski Hotel y los hutones grises como algunos recuerdos. Más la veo, más siento que me estoy enamorando de ella, enamorando de la poca resistencia que pone a mi curiosidad infinita, a mi constante necesidad de sorprenderme, a querérmela tragar en cada respiro.

Entre la Gran Muralla China y la Gran Muralla del Idioma, sería muy difícil hacer una selección, pero voy a conquistar las dos, y voy a entender a esta gente en su lengua, sin necesidad de diccionarios o traductores. Como los niños, voy a aprender a decir agua, no quiero y por último, te amo.

Vine aquí arrastrando una cultura indígena presentida genéticamente, y me encontré con una que se vive a diario, me encontré con la vergüenza de no saber nada de ella, me encontré, también, con un libro rojo; con un hombre al que todo un pueblo respeta, que los guió y los sacó de un feudalismo atrasado en nuestro siglo. Mao Tse Tung fue mi primer acercamiento a

este país. Con los pies en su tierra leí sus discursos, sus promesas de despertar a un gigante, el milagro de alimentar a un pueblo, la muerte de miles de pájaros que en Beijing fueron sacrificados por salvar las cosechas. Y no me ha quedado más que admirarlo profundamente. Así como admiro a un pueblo cuya disciplina y respeto ha hecho que por muchos años se olvidaran de su individualidad para concentrarse en el bien común, en el bien de todos.

*Desde esta ventana veo
un tigre de papel enamorado
de un dragón de seda alado.
Él le ha ofrecido cortarse las garras
para poder acariciarlo,
cambiar su religión,
ser vegetariano...
¡Cualquier cosa daría por amarlo!
El dragón que lo conoce,
le da largas a la cita,
mientras en su garganta crece
la llama milenaria,
callada, mas no extinta.*

También he ido conociendo a mi nueva tierra, porque he tenido la presunción de asumirla como mía, a través de la comida. Caminando por uno de los costados de la Ciudad Prohibida encontré una pupusería, ¿será que lo hemos heredado?

Cada día que pasa, aislada en mi silencio y mi muy reducido vocabulario me hago esta pregunta: ¿cuánto habremos heredado?, y entonces me doy cuenta de que muy inconscientemente busco en las facciones de los que caminan a mi lado, las mías, las de mi gente, las de mi pueblo; sin esfuerzo las voy encontrando. Zhang Wei Ping me ha preguntado cuál es la diferencia entre él y yo, he puesto mi mano junto a la de él, no hubo necesidad de respuesta.

*Desde esta ventana veo
una piel cubierta de oro.
(¿Adónde habrá dejado el cuerpo?)
Radiante brilla, sol de invierno:
Convertida en rayo de luz
voy a su encuentro...
(¿Adónde habré dejado el cuerpo?)
Soy oro al contacto de su beso...
Soy piel... Soy...
Siento.*

Zhang es mi amigo, gracias a la internacionalización del inglés, conversar con él y con sus compañeros, que además son mis alumnos, es quizá lo más productivo que he hecho. Esta clase de conversación que estoy dando me sirve más a mí que a ellos. He escuchado sus historias, las

costumbres de las diferentes provincias de donde vienen, lo que piensan del sexo y de los Estados Unidos de América, he tratado de decirles que emigrar es difícil que hay racismo y dolor en un país en donde uno es extranjero, he tratado de convencerlos de que es en su tierra donde van a lograr conquistar sus sueños, y he leído en sus miradas la incredulidad. China se despierta y abre sus ojos al mundo, las primeras imágenes para esta generación que tiene mi edad han sido de bonanza y apertura a la Unión Americana, el gran sueño americano, ¡todo el que va a América se hace rico!, y yo me sigo preguntando: ¿cuánto habremos heredado?

La otra noche vinieron a casa. Me avergüenzo de vivir en donde vivo, porque veo en la mirada de mis amigos la santa envidia que causa querer tener algo. En este país los extranjeros tenemos que vivir en zonas especiales ya que el gobierno no permite la confraternización con los ciudadanos chinos. La diferencia es grande. Sus apartamentos son pequeños, sin mayores comodidades y, si bien subsidiados, son propiedad del Estado y es éste el que decide a quién dárselo dependiendo del estado civil, de la posición que tengan en el trabajo o de los años de servicio al gobierno.

Yang Kua, mi maestra de mandarín, quiere casarse el próximo año, tiene veinticinco años, es delgada, callada y buena gente. Me he atrevido a preguntarle por qué, y Ulav, mi amigo noruego, a quien creo que le gusta nuestra maestra, también quiere saber. Ella dice que es la única manera de obtener un apartamento, mientras no se case no calificará para ello y tendrá que seguir viviendo en los dormitorios de la universidad para la que trabaja, así como su novio tendrá que seguir viviendo en donde estudia, de lo contrario tendrían que vivir con sus padres.

Tanto Ulav como yo queremos convencerla de que esa no es una razón para casarse, le cuento cómo la mujer latinoamericana más y más piensa en su independencia, en su superación, en su libertad... y me dice que esto es China,

*Desde esta ventana veo
a una princesa luchando por el viento.
Sus trenzas se abrazan a los troncos,
la detienen,
¡la amarran a la tierra!
¡Cómo odia sus hermosas y negras cadenas!
Pues tiene el alma de pájaro
y de mujer las piernas.
La princesa sueña en las noches,
sobre almohadones de plumas de garza,
que va a despertar en aquella rama...
Sin eslabones de tiempo
colgándole en las espaldas.*

y yo tengo que entender, así como ellos han entendido que no pueden ni deben tener más de un hijo. Me sigo sorprendiendo. Más de alguien se ha arriesgado a un segundo embarazo, pero ha implicado ocultarse por varios meses, sin siquiera la posibilidad de ir hacia

otra provincia, ya que los gobiernos regionales tienen control migratorio entre las ciudades y nadie que no presente documentación completa, que justifique el moverse hacia otra ciudad, lo puede hacer, así que hay que esconderse. El bebé tiene que nacer en casa, y obviamente, siempre hay alguien que se da cuenta. Las represalias son drásticas: ambos pierden sus trabajos, lo que es extensivo a hermanos y padres; pierden el derecho a la seguridad social, a educación y medicina, a la vivienda, a los subsidios de agua, gas y energía eléctrica, en conclusión, lo pierden todo. El aborto es una práctica común y necesaria. Le pregunté a los chavalos en mi clase qué pensaban de esto, contestaron que estaba mal, yo sé que lo hicieron porque pensaron que era lo que yo quería oír, es terrible para ellos decir algo que pueda contrariar a su interlocutor, de todos modos, estoy segura que no lo piensan en realidad. Para ellos el aborto es solo una forma de control de la natalidad, no hay contradicciones morales en un pueblo que es ateo y que no piensa que Dios sea muy necesario.

Un día en clase y buscando hacer un debate, les pedí decidir a quién salvarían, si en un globo fuera el papa, el presidente de los Estados Unidos, Santa Claus y Mickey Mouse, y tres de ellos tuvieran que saltar. Uno de ellos me dijo que el primero en saltar debería de ser el papa, ya que de acuerdo con todo lo que yo les había dicho de él y de su iglesia, su mayor felicidad sería encontrarse con su Dios, por un lado; por el otro, debería de ser el primero en demostrar su caridad.

Tenían razón.

China nunca ha sido una tierra religiosa, por eso entiendo su ateísmo, ha sido una tierra de filosofías, esa es la diferencia, vivir con una religión o vivir en una filosofía. Esto es importante para poder entender la tradición de la cultura de este país. Los principios que los han regido por miles de años y que no tienen que ver con el fanatismo ni con una persona en un altar; quizá en occidente todavía no hemos entendido que el cristianismo también es una filosofía, una manera de vivir todos los días y minutos de nuestras vidas, no una práctica de domingo por la mañana ni de golpes en el pecho.

*Desde esta ventana veo
a Nanjing irguiéndose majestuosa:
le cuelgan aretes de perlas, plenilunios y rosas.
En su vientre tibio de hembra,
un beso sonrisa promesa
caballo plateado ligero
recorre volando las piernas.
Nanjing esconde en sus manos
felicidades eternas,
y en su boca de templo florecen
caricias de incienso y de seda.
Amante,
en sus senos mi cama...
Mi sangre palpita en sus venas.*

Las corrientes de pensamiento son milenarias, como casi todo lo que hay en China. Zhang Wei Ping me ha invitado a ir a Nanjing a conocer el templo de Confucio, data de dos mil años antes de Cristo, el próximo verano voy a hacerlo.

Mis amigos no creen, como resultado de todo esto, en el alma; pero creen en los espíritus, en los espíritus que nunca han sido carne, que siempre han sido fuerzas, elementos, intenciones. Los espíritus del agua existen, por eso algunos de ellos no se bañan en ríos. Me han contado que hacen flotar pedazos de papel o flores para atraer a los nadadores, los que una vez que se acercan al objeto son halados hasta el fondo, ¡¡¡espíritus traviesos!!!, pero creo, creo en los espíritus del agua, en el del viento, en el de la brisa, creo en la magia que vive en el dragón cuando ama a su fénix, creo en la virtud del color rojo para atraer la felicidad, y después de tantos años de verla, entiendo la bandera roja comunista, creo en el poder de las manos juntas construyendo un muro que ayer no veía desde mi ventana y que hoy está ahí. Creo en el hombre que todos los días pasa, en su bicicleta, por esta misma ventana con una mano en el manubrio y la otra sosteniendo el libro que va leyendo, creo en la mujer de Mongolia que vende camotes asados en la esquina del hotel Siglo XXI, a la que nunca le he comprado nada y que cada tarde que me ve pasar me sonrío, me dice adiós; creo en el chavalito que repara llantas de bicicleta a la salida del edificio y que nunca quiere aceptar los cincuenta centavos que le ofrezco de propina. Creo que en mí hay algo que ama esta tierra y que ya, como mía, me hace extrañarla. *Creo en un corazón de porcelana china que un día será amante de una piel de barro con alma india.*



La Ciudad Perdida, antiguo palacio imperial de las dinastías Ming y Qing. (fotografía de Aída Párraga)

¿Quién eres?

Alfistein

¿Quién eres
Dios,
quién eres?
Tu cercanía a veces
me confunde
pero nunca he sentido
el calor de tu aliento.
Cómo quisiera asirte
arroparte en mi seno
que escucharas la voz
de mi silencio
y acallaras las otras
esas que brotan de la mente.

¿Quién eres
Dios,
quién eres?
¿Por qué te fugas siempre
en el preciso instante

en que pienso que sí,
que ya eres mío?
Nunca escuché tu voz
pero aún así te quiero
te deseo
te extraño
te rechazo
dudo de tu existencia
en mis horas aciagas
me pregunto
si no soy yo ese dios
al que persigo
si no es conmigo misma
la comunión que ansío.

Izaste velas

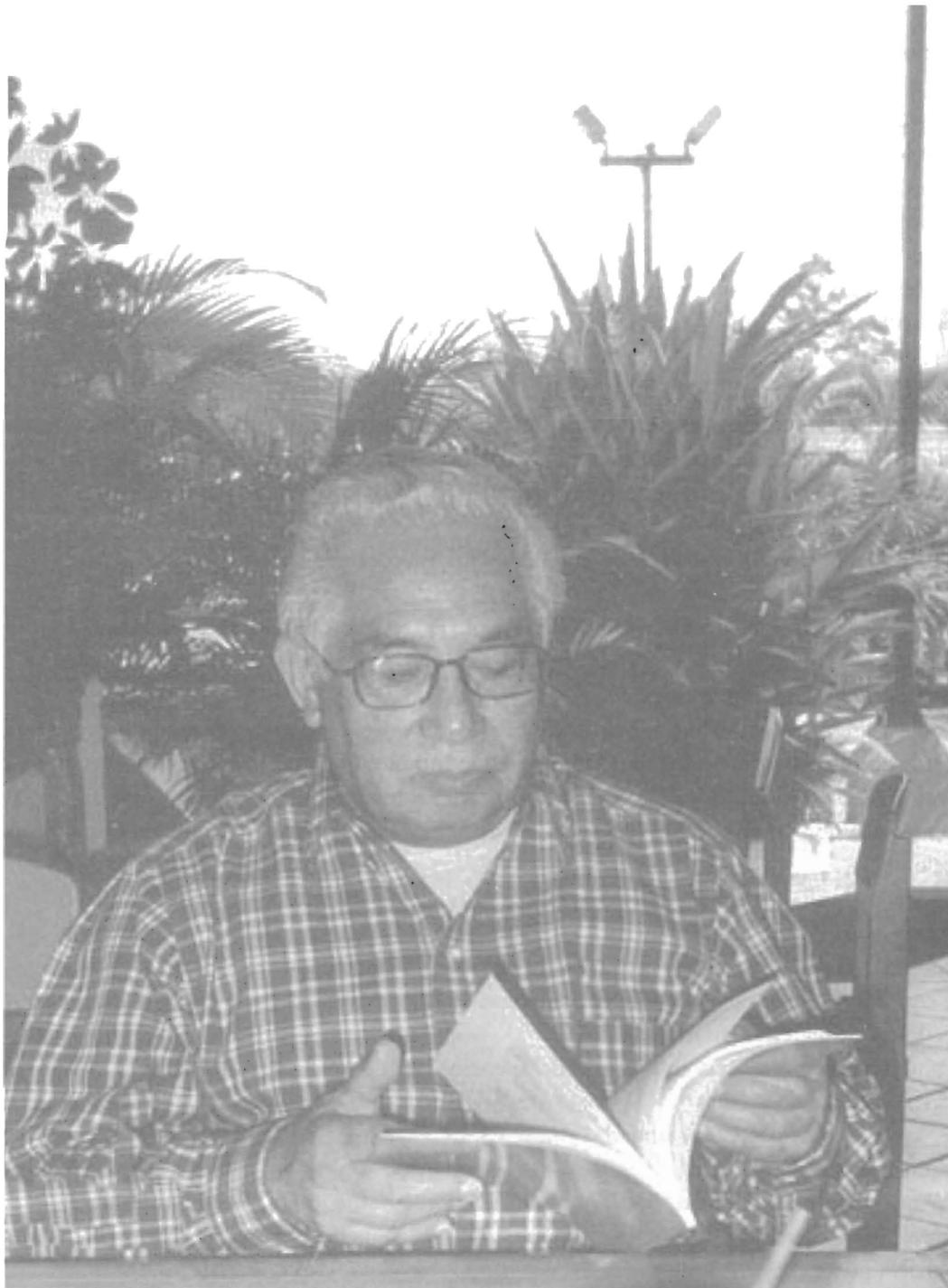
Qué difícil ser yo
se me agotan los días
y sigo ciega
sorda
sin saber lo que busco.
Sólo sé que te amé
fui tu puerto un instante
izaste velas
y así como la vida
partiste sin regreso.

Nahual

A Bill Lewis y los poetas de Medway-Kent

Yo vuelo
en la sombra de la totalidad
 soy unidad
yo contemplo la circunstancia
miro las estrellas que refulgen como
ojos láser de cadejos celestes
desciendo del no-tiempo
miro en las terminales globales aviones somnolientos
pizarras electrónicas de destinos intermitentes y en los escaparates
se refleja la silueta de Helen
su rostro de Ángel
en sus ojos hay un sentimiento y en su gesto una
 interrogación
por los pasillos mil siluetas deambulan con
 sus ropas de todas partes
no hay gestos no hay palabras en el laberinto del
 rumor y los ecos de los pasos y las miradas evasivas y
 cámaras cámaras cámaras
 ignotas bisuterías *kitsch* golpean mis ojos desde los
 escaparates donde el rostro angelical de Helen se ha borrado
solo quedan espectros y espectros y espectros
yo vuelo
en otra contemplación sobre barrios grises de
rascacielos turquesa y horizonte fucsia
suena la música electrónica de Massive Attack nuestro viaje
es un *flash back* otra vez a la no-palabra
al accidente primigenio
donde nacen ríos de vertiginosos automotores el sinsentido el posmodernismo con sus *yuppies*
emplasticados y sus nasdaq y el coltan de la tridimensión y la *playstation* y la telefonía de nueva
generación y los museos oscuros y las *performances* de adefecios emplumados y clavos y sierras
y alambres desnudos y vidrios quebrados y sangre y decadencia y el ambulante instalacionismo
 ismo ismo

exhibicionismos
ismos expansivos desde el accidente original
y más cámaras cámaras cámaras
yo vuelo
por los bulevares vacíos donde las golondrinas se agolpan cegadas por los neones publicitarios
taxis exhaustos se detienen en las esquinas el aire tiene olor a detergente y los muros exhiben
grotescos *graffitis*
yo contemplo la sustancia
Ixbalanquí y Hunahpí juegan a desaparecerse por el bulevar llega Helen con su motocicleta
amarilla
Helen:
somos humus y nahual
 huesos comidos por el jaguar y otra vez albumen oxígeno carbono clorofila impulsos
eléctricos ácidos nucleicos resonancias atabal pétalo canto de torogoz fuerza centrífuga venados
voladores que vamos hacia nuestro padre el sol *fórmula de álgebra absurda ilusión poema estuc-
kista* acordes de blues en
 el piano que Sexton Ming *and* Billy Childish tocan con martillo y almágana
Helen:
somos danza de tigre y venado aullidos de coyote negro y coyote blanco en un cuento de Bill
Lewis somos artefacto de colores en la boca del volcán máscara de jade copal y flor de malinche
una estridencia me interrumpe
se oyen sirenas de ambulancias martillos eléctricos altavoces estampidas de automotores y otra
vez los neones cegadores ofertan teléfonos ofertan minutos ofertan *bytes* ofertan píxeles ofertan
watts ofertan artilugios virtuales y *jacuzzis* portátiles y modas y *pizzas* y cirugía estática por las
plazas deambulan ángeles tatuados con ropas negras deambulan kid-tech con paquetes de
celofán
yo vuelo al valle secreto
lotschentaler
con mi máscara de *tschaggata* y mi vestido de pelos y hojarasca
y con mis campanas de montaña voy anunciando la primavera
yo vuelo de regreso a mi morada
contemplo la inminencia en el centro del silencio
llevo la cuenta de los días
 el código de Comazahuatl
comenzará el Sexto Sol
cuando termine el mito del sílex
jugaremos a la pelota
Ixbalanquí ha convertido su cerbatana en flauta
Suena un altavoz
 el Eurostar llega puntual.



El poeta Ricardo Bográn

Donde termina el mar

Me dijo aquel amigo
que a su vez se lo dijo un extranjero:
En este país donde termina el mar
comienza el verde

Verde que modeló
los ropajes del bosque

Los listones del río
se desvanecen
se fugan
se evaporan

Aquel país de verdes de la infancia
de cafetales verdes
de conacastes verdes
de pronto se ha perdido
no existe
ha muerto con el último trino
hermano inseparable
de los árboles

Ahora junto al verde
ya no se extiende el mar
El mar también se aleja
entre viles olores calcinantes

Donde termina el mar
hoy comienzan arenas miserables
muertas como las rocas
hasta que vuelva el verde
de la vida.

Es extraño

Es extraño este modo de convocar
los sueños cuando el invierno
nutre los fríos de la noche
Cuando las sombras ruedan
hasta el fondo de todo lo que
afirma el silencio

Es extraño este modo de convocar
ausencias
al final
del camino
si todavía el canto de los cisnes
no llega y el viento cristaliza
nuevamente la aurora

Dibujó las edades grises
y congeladas
igual que mariposas
sorprendidas por el ojo
del niño

Igual que un colibrí
vibrante y sostenido
por la miel de la flor
de perenne ternura

Es extraño este modo
de no morir del todo
porque la vida se alza
cada vez con más vida

Es extraño.

S.C.L.C. – 2 de enero de 2006.

Herida voz

*Yo iba hacia ti iba sin fin hacia la luz
La vida tenía un cuerpo la esperanza tendía su velo.*

Paul Eluard

Lejana como el techo de una estrella
herida voz en juegos inasibles
abandonados en caminos que fueron
el refugio de mitos olvidados

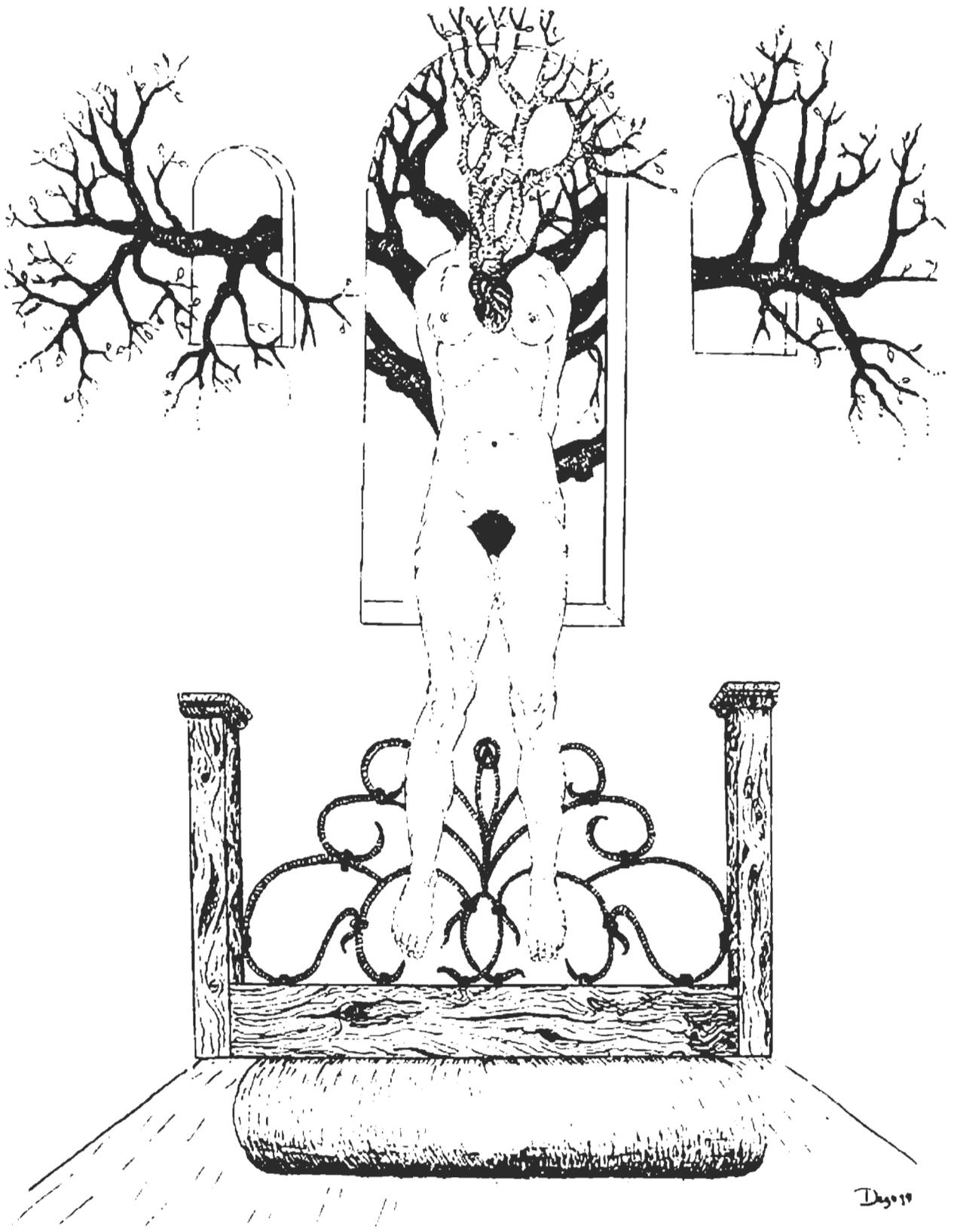
Aquí había una casa
de rústicas maderas
coronada
de pájaros al alba
rocíos que no fueron extraños a las hojas
misteriosas siluetas de geranios
cigarras que brotaban
de oscuras ramas
en estridentes coros ondulados

Era la cuenta de los días
que rodearon los árboles vitales
los días que los vientos alisios
regaban con frutos tempraneros
los húmedos y fértiles eriales
Herida voz de nuevo trasplantada
en la paz el sosiego de esta ciudad
donde de nuevo el sueño
se acomoda al moldeado reposo

Herida voz vuelves con el otoño
a deshojar ausencias.

BIBLIOTECA NACIONAL





Dago 19

Dagobeto Reyes. Sketch.



Un día sobrevino la edad de hierro

Capítulo XII de la novela El perro en la niebla

Róger Lindo

Un día, sin que nos diéramos cuenta, sobrevino la edad de hierro.

O quizás siempre habíamos vivido en la edad de hierro, y aquello fue solo el descenso a otro círculo.

Yo corría por el laberinto con la mayor levedad posible, procurando evitar el desgaste de las suelas de mis zapatos, sabiendo que una vez que éstas se agotaran, el tiempo de la ciudad habría terminado. Cada día me adentraba por nuevos callejones y recovecos, y mis rutas se acumulaban ominosamente, trenzando un enredo capaz de estrangularme (de ahí el cuidado que siempre pongo —hábito que me viene de la niñez— de salir siempre por el mismo lugar por donde entro y de desandar las vueltas que doy en torno a un objeto). Necesitaba un medidor para llevar la cuenta de mi desgaste, pero desafortunadamente no se fabrica ese tipo de aparatos. Vivía bajo una grave amenaza. Las avenidas por las que me llevaba mi madre cuando niño, para admirar la iluminación navideña, parecían ahora congestionadas de gente suspicaz, incluso áspera. Las luces de neón destilaban fluidos intolerables. Nuevos nombres y estilos desplazaban a los viejos. Musiquillas simples o jacarandosas me asediaban del amanecer al anochecer, lo que ocurrió en el momento más inoportuno: durante mi etapa de transición del rock al jazz. Ya fuera por delicadeza o por gratitud hacia quienes compartían su morada conmigo (hacía ratos que había abandonado la casa de mi madre) callaba sus gustos ordinarios. Para colmo, aquellos remedos de música que eran su dicha horadaban pasadizos en mi cerebro, por cuyas galerías rondaban y roían con encono. La desconfianza se convirtió en el sentimiento predominante en la ciudad. Salir de ella brindaba el único aire fresco disponible. Una hora verde en carretera era tan reparadora como una jornada de sueño. En una ocasión, después de descubrir una fotografía de Emiliano Zapata en un libro, decidí dejarme crecer el bigote, que fue cobrando una forma inesperada, indeseable,

antiheroica. Cuando menos, me dije como consuelo, me ayudará a alcanzar la invisibilidad (a la que contribuyeron no poco unos trapos que descubrí en un local sindical, ropas de segunda mano donadas para los obreros y que éstos despreciaban), una de mis metas supremas. Mis gustos alimenticios se corrompieron o fueron anulados: comía lo que fuese. Le hinqué el diente a sustancias indecibles, blandas en extremo, severas o correosas, y acepté cualquier remedo de café que se me ofreciera. Al expirar el verano (seguía atentamente los cambios de estación) renuncié a mi empleo en la oficina. Parecieron extrañados pero no lo lamentaron. En esta vida nadie es imprescindible: detrás de cada empleado aguarda una larga fila de aspirantes. Llegué a casa de mi madre cada vez con menos frecuencia, en parte para no exponerla al peligro, pero sobre todo porque las tareas lo impedían. Pasaba las veinticuatro horas del día alerta como una fiera y lo único que me hacía dichoso era la lluvia. Privado de un salario, me habitué a comprar mis cigarillos al menudeo. Mi memoria se afiló, cosa importante pues cada vez veía menos a Ana Gladys. Las lecturas del *Quijote* se fueron espaciando, pero ella siguió por su cuenta. Con mis magros fondos le compré un diccionario. Mimí, que me inspiraba una gran ternura, fue desapareciendo en andanzas clandestinas de las que nada contaba. Veía a Ana Gladys dos, con suerte tres, veces a la semana en casa de una tía soltera de ella en un sitio semisilvestre llamado El Limón. Cuando la tía se ausentaba, nos bañábamos juntos a huacalazos con el agua de un pozo. Yo la enjabonaba a ella, ella me enjabonaba a mí. Prácticamente ya no tenía casa. Ana Gladys se encontraba en la misma condición.

A inicios de nuestro, apenas perceptible, otoño se produjo un golpe de Estado protagonizado por un club llamado «La Juventud Militar». Ese mismo día fueron asesinados varios compañeros del sector obrero después de ser capturados en las tomas de fábricas de entonces. Entre ellos se encontraba Pacín. Antes de matarlo, los guardias le quemaron los ojos con ácido sulfúrico. Otros camaradas desaparecieron sin que nadie diera cuenta de ellos. Temía por Ana Gladys, pero ella se miraba tan segura, tan radiante. Una vez, al hablar de esa vida a salto de mata que llevábamos, comentó: «Hemos de tomarlo como si se tratara de la segunda salida de Don Quijote». Desde entonces la amé más. Lino, el canario, terminó con la tía solterona en El Limón. Se miraba saludable y nunca paró de cantar. Ana Gladys y yo quemábamos nuestros escasos encuentros como candelas exóticas. Por primera vez me manifestó que deseaba tener un hijo. Le pedí esperar: aquel me parecía el momento más inoportuno —y en secreto, también el más adecuado: si me mataban al menos dejaría una criatura como testimonio de mi paso por el mundo—. Una vez, a pleno mediodía, unos desconocidos arrojaron un lío de candelas de dinamita por el zaguán del viejo local sindical. Recrudecía la era de los vidrios polarizados. La Negra, que fue testigo del ataque, juraría tiempo después que aquel fue el momento en que empezamos a endurecernos. Cuentan que Luisón, que estaba de paso en el edificio durante el atentado, atrapó con sus manazas aquella cruda bomba y la desactivó arrancándole la mecha. De todos modos, cuatro o cinco días después nuestros enemigos hicieron volar definitivamente el local, pero como el atentado ocurrió de noche no hubo víctimas. Un sábado por la tarde, yendo contra

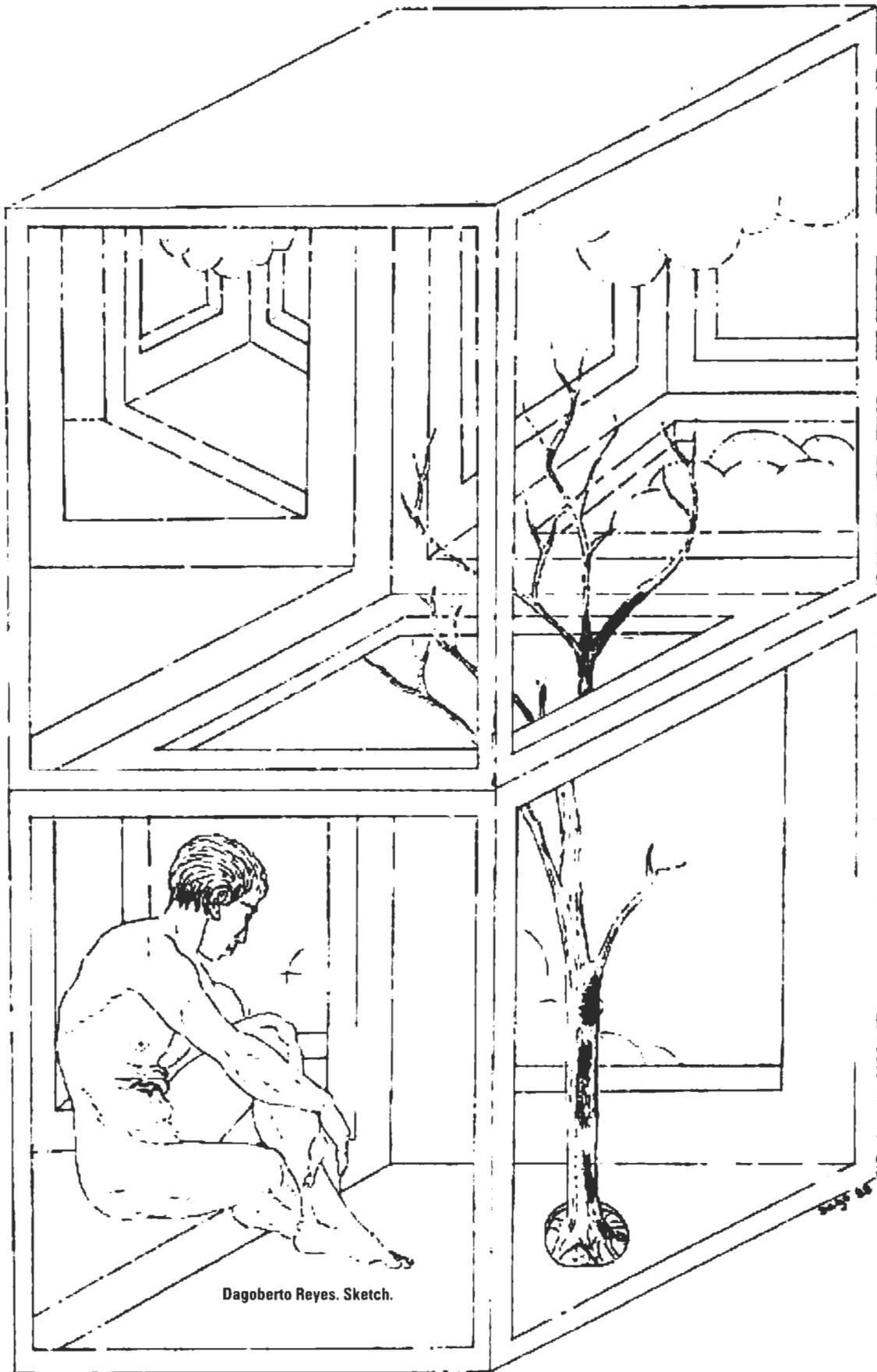
las órdenes de Lucrecia que nos tenía prohibido terminantemente acercarnos a la vieja casa, incapaz de dominar mi nostalgia, di un rodeo por el lugar. Ese día se celebraba una fiesta en el Club de Motociclistas, cuyo edificio había salido incólume del ataque. Desde el otro lado de la calle sorprendí a mi ex condiscípulo de la secundaria conversando con otros miembros de la asociación. Llevaba un corbatín y sostenía un trago en la mano. Atenido a su aparente ebriedad, me permití acercarme lo suficiente para distinguir el relumbrón de su diente de oro. Él no me reconoció. Cuando me acerqué al local, descubrí que los borrachos y los perros utilizaban sus ruinas como defecadero. En ese momento comprendí que los días felices del sector obrero habían terminado. Por un segundo volví a evocar mi primera visita al sindicato, pero sofoqué este brote de sentimentalismo: no quería que ningún fantasma oscureciera mi derrotero.

Nosotros también teníamos terror que dispensar.

Una vez me topé con Lupita en un centro comercial. Iba acompañada de Sonia, su mejor amiga, que estaba cada día más fea. No me reconocieron.

Comprendí el porqué una noche en que se presentó la oportunidad de dormir en una casa con espejos: cuando me visité en el azogue yo tampoco pude reconocerme. Había cierta ferocidad en mi expresión.

Otro signo de los tiempos fue que la célula que formábamos Eva, Chico, Toño y yo fue disuelta por órdenes superiores. Daba la impresión que la organización hermética a la que pertenecíamos hubiera abierto mil sucursales, viéndose obligada a reubicar al personal en otras áreas para atender la creciente demanda. Yo fui igualmente promovido: un día me entregaron un papelito con un contacto y entendí que en lo concerniente a mi futuro aquello representaba un cambio total. El encuentro tuvo lugar en la avenida España, frente a la sala de cine a la que solían llevarnos los sábados por la mañana en los tiempos de la secundaria, la única actividad memorable de ese período académico. En la parada de autobuses que está frente a la sala me encontré nada menos que con Gérber, quien por primera vez no cargaba su cartapacio. Nos saludamos con efusión y anduvimos como siempre en dirección opuesta al tráfico. Indagó por mi situación y la de Ana Gladys (no hizo ninguna alusión a mi bigote, lo cual me decepcionó un poco). Le hice una sinopsis, obviando por supuesto lo del canario y los retrasos en la lectura de la segunda parte del *Quijote*. Al agotarse las preguntas me informó que iban a trasladarme al área militar. Al «Ejército», recuerdo bien que dijo, vocablo que suscitó en mí una racha de imágenes: un casco, un Garand viejo de la Segunda Guerra Mundial, un perro de color indefinido e hirsuto, ceñido por un collar erizado de púas, plantado en pose agresiva, y por último, un diario personal recubierto de cuero. No exterioricé ninguna emoción, aunque en mi fuero interno sentí alivio al pensar que se acercaban las batallas decisivas. Gérber no me entregó ningún documento esa vez, pero me largó un rollo que me permitió sacar en claro (difícilmente puedo escuchar a alguien hablar por mucho tiempo antes de que mi mente empiece a fantasear, lo que considero una especie de autodefensa) que la dirección secreta de nuestro movimiento tenía prisa en pasar al estado de guerra abierta. Me entregó un papelito con un contacto, nos



Dagoberto Reyes. Sketch.

dimos un apretón de manos a la manera tradicional y nos largamos en direcciones distintas. Cada vez que pienso en esa despedida me viene a la cabeza la imagen de dos bisontes que tras encontrarse y olfatearse mutuamente en medio de la hirsuta sabana, se separan al atardecer bajo un cielo que estalla en llamas.

Esa noche, después de varios días de ausencia, fui a visitar a mi madre. Una brisa empezaba a levantarse. Durante el recorrido de la parada de autobuses a la casa, el viento se encrespó y remolineó. Hubo choque de puertas y batientes. Las coníferas me saludaron con una agitación dichosa, núbil, casi nerviosa. No había nadie en casa, lo que aproveché para cocinar algo decente: berenjenas horneadas y unas tiras de *prosciutto*, y como *secondo piatto*, espagueti con aceite de oliva y pimienta. Cuando estuvo lista la cena, prendí un cigarrillo y me puse a esperar. Me dirigí al aparador a ver si encontraba alguna nota de ella, pero desde que me alejé de casa casi no volví a verlas. En cambio di con una botella abierta de coñac. Tenía años de no probar esa bebida y me serví un traguito, sólo para paladear. ¡Ahhhhh! Era licor del bueno, francés. Qué lástima que Ana Gladys no estuviera a mi lado, recostada contra los cojines, en un vestido floreado. Ella y Mimí andaban de visita con su familia. Uno de sus múltiples hermanos planeaba marcharse al Norte, al mundo del dólar y las muñecas inflables, y el clan se reunía para despedirlo. Traté de imaginármelos, pero no pude. Estaba a punto de poner un disco de Bartok, cuando se oyó un portazo en el fondo de la casa. Sin duda era el cuarto del servicio doméstico, que utilizábamos como bodega. Me asomé a las ventanas, los cipreses se convulsionaban como una manada de lobos que ha dado con un rastro de sangre. El restallido de un rayo me alegró el espíritu: nada más sublime que una tormenta. Dejé el disco de Bartok a un lado y me serví otro trago, un dedo nada más, en lo que esperaba a mi madre. Los zumos del coñac me entibiaron las entrañas y el corazón. Di una ronda por la casa, celebrando mi bien merecida soledad. Encontré mi cuarto tal como lo había dejado, sus sombras intactas. Un porro me habría venido de perlas: me dirigí a mi viejo escondite en busca de un residuo de mota. Mi mano se hundió ávida como una fiera que irrumpe en la madriguera de su presa favorita. Nada, apenas la memoria de un olor. Pensé llamar a Piolín, quizá tuviera mota... En eso cayeron unas gotas gruesas, ordinarias, inolvidables. Un relámpago iluminó los cuartos del cielo, las luces parpadearon, corrí a mi dormitorio a buscar una linterna con la esperanza de que se fueran las luces en San Salvador. Desde siempre me han arrobado los cortocircuitos magníficos, esos que le cortan la energía a toda la ciudad: entonces cada quien se queda solo con su alma y con su voz. De una gaveta del aparador extraje las candelas que guardábamos para momentos como ese. El resto del coñac de la copa se deslizó por mi gaxnate, que rogó por una nueva ronda. Llovía en forma. Bebí un vaso entero de agua, me serví un tercer trago y prendí un nuevo cigarrillo que me supo a gloria. Cuando terminara la guerra, si es que llegaba ese día, mi mayor deseo, pensé, sería poseer un apartamento propio en la provincia más lluviosa que existe. Trabajaría como un demonio desde la salida del sol para volver a mi apartamento a eso de las 14 o las 15 horas... Sería el momento del diluvio. Sentado frente a unos grandes ventanales, descorridas las cortinas, me dedicaría a beber *scotch* y comulgar con la lluvia. Tal sería mi rutina y mi

recompensa. Ni siquiera necesitaba muchos muebles para vivir así. Bastarían un sofá, una mesa de comedor y una alfombra. Me dirigí al dormitorio de mi madre y pegué la cara contra el vidrio que daba al patio para ver llover. Se estaba bien ahí. El vaho de la tierra mojada se alzó como un gigante recién despertado. Las aletas de mi nariz se distendieron de placer. Permanecí así un largo rato, vacilando entre quedarme inmóvil, dejando la mente flotar en una deliciosa deriva o volver al aparador y llenar de nuevo la copa. Fue en aquel momento, creo, que me entró el impulso indomeñable de platicar con Lupita. Sería una especie de llamada del más allá... Pero antes debía servirme un nuevo trago. Una vez hecho esto me acomodé en el sofá para degustar el coñac con la mirada perdida en los penachos de los pinos, que me hicieron pensar en las grandes batallas de la antigüedad. Habría podido quedarme así de no ser porque me roía el deseo de platicar con Lupita, que probablemente se encontraba a unos pasos de mí, arrebujada en la luz de su sala de estar. Cogí el auricular y marqué su número lo más lentamente que pude. Una corriente placentera circulaba por los canales de mis huesos, algo parecido al túnel del amor, combinada con los tics expectantes de la carne. Zurriagazos furiosos castigaron las ventanas. Ahora los cipreses semejaban capuchinos trenzados en combate mortal con salteadores de camino.

—Aló...

—¿Roki?

—¡Guille!

—Simón, oírme ¿no está la Lupe?

—No ha llegado, majee, salió con la ruca... Hey, majee, ¿qué te has hecho? ¿Al fin te dejaron salir de la cárcel?

—Más respeto, cabroncito. Estoy en Tegucigalpa, trabajando en la Feria del Libro, si necesitan un enano te mando a traer... Decíle a la Lupe que le hablo más noche, que aquí está cayendo un gran vergazo de agua.

—¡Qué casualidad, aquí también!

—No se te vaya olvidar.

—No, hombre, cómo vas a creer.

Desde que conocía a Roki nunca entregaba los recados. No tuve éxito entrenándolo. Degusté mi coñac (ninguno se compara con el primer trago, el que abre las puertas del placer) y prendí un cigarrillo: tenía derecho a una sesión autodestructiva antes de que la guerra se declarara: algo así como una escala en el descenso a los infiernos. Eran las 20:00 pasadas. De mi madre ni señas. El hambre empezó a atormentarme. Un dueto de relámpagos anunció que pronto dejaría de llover. Así es el trópico: la furia y después el silencio. Me levanté llevando la copa conmigo y volví al cuarto de mi madre. Volví a pegarme a los vidrios igual que antes, como para ser testigo de la transición celestial. Sin embargo, no paró de llover. En ese momento empezó a caer una lluvia rítmica, leve pero rebosante de autoconfianza. Abrí la ventana (mi madre tenía por costumbre cerrar las de su cuarto antes de salir) y saqué la mano cuanto pude, como quien se busca a sí mismo al otro lado. Enseguida me dio por observar el cuarto de



Dagoberto Reyes. Sketch.

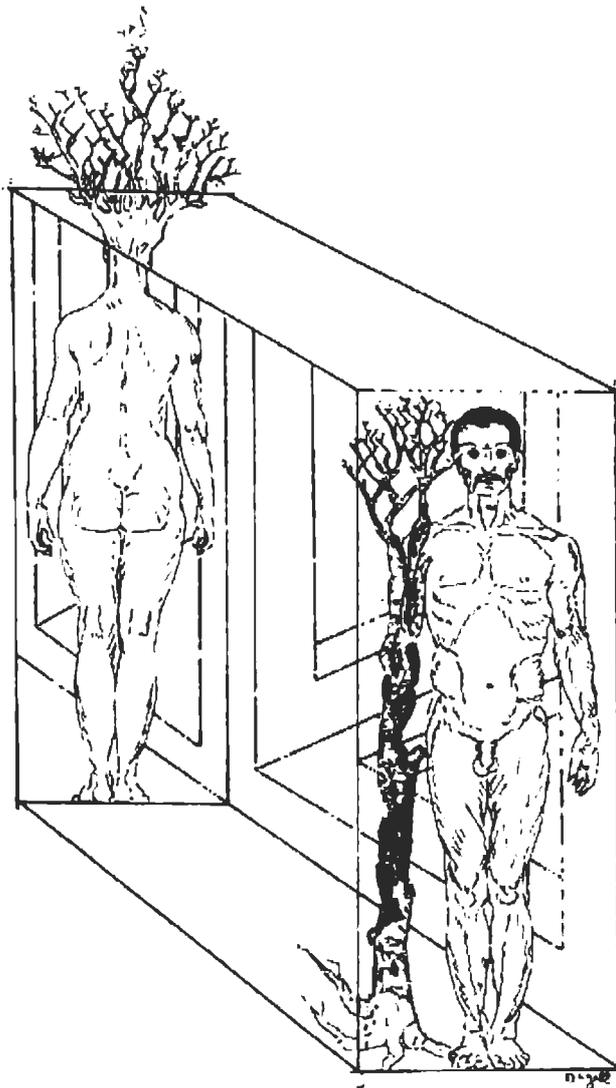


Dagoberto Reyes. Sketch.

quien me trajo al mundo: sencillo, reconfortante, denso de recuerdos. Qué bien olía. Reconocí el perfume, esencia de jazmín, una de mis favoritas. De seguro era la fragancia que mi madre llevaba ese día (todo perfume es una especie de carruaje). No paraba de llover. Un impulso me atrajo al tocador y me dediqué a contemplar las fotos desplegadas al pie del espejo, empezando por el retrato del marido, es decir, de mi padre. En otra aparecía mi madre al momento de comerse un sorbete junto al viejo Packard del viejo un día de playa. En otra se me veía a la orilla del estero, alma solitaria sentada en un tronco abandonado, por cierto con un enorme parecido a un caimán. Esta foto siempre me ponía melancólico: era el retrato de la soledad. En otra aparecía mi tío al volante de su primera máquina, un Hondita del tiempo en que empezó a ejercer el Derecho, y a su lado su primera esposa, una maestra de primaria, la preciosa Elizabeth. Dejé la copa en el tocador y abrí la primera gaveta. Desde niño no había curioseado por ahí. Lo que me atrajo de inmediato fue el arconcito donde mi madre guardaba sus cartas y el álbum familiar. Ahí, en las primeras páginas, apareció la foto del pintor con barbita de chivo que la pretendió por un tiempo, mucho antes de conocer a mi padre. Siempre fue un misterio por qué no se casó con él. De seguro nuestra vida habría sido muy distinta o por lo menos más interesante: era uno de los artistas más conocidos del país, lo que hacía evocar veladas fascinantes, licores finos, viajes a tierras exóticas con nativos exóticos como París, Bruselas y Nueva York. También descubrí una vieja carta del ruco dirigida a mi madre. Al principio no la identifiqué: ajada, amarillenta, olvidada. Comenzaba con un «Mi adorada chiquita»... ¿Mi adorada chiquita?... Qué raro, nunca oí al viejo dirigirse a ella con esa ternura. Recuerdo que cuando mi padre quería contentarla, por ejemplo a la mañana siguiente de una riña, le daba por contarle un chiste o algo así, lo que ella rechazaba invariablemente: mi madre es una mujer delicada. Lo cierto es que nunca lo oí llamarla «chiquita» o «muchacha», o «meloncito» o nada parecido. Ternura perdida, desgaste: ¿el fin ineluctable de toda relación matrimonial? La carta procedía de Panamá, país que él visitaba frecuentemente en sus viajes de negocios. Según se desprende de la lectura, en esa época el viejo ya se dedicaba al comercio de calcetines. En cierto momento alude a mí: «nuestro monito», decía, lo que me pareció insultante. También mencionaba los regalos que traía para nosotros: un pantalón y unas botas vaqueras para mí, y un anillo con piedra de aguamarina para ella.

Fue a estas alturas, creo —las memorias son borrosas en este punto— que empezaron a brotarme las primeras líneas de un monólogo. Aunque el deseo de hablar con Lupita se extravió por algún resumidero, aún me acuciaba el deseo de comunicarme. Vacíé la copa y fui a servirme más, pero antes repuse los recuerdos de mi madre en su caja, incluidos unos colochos que seguramente me pertenecieron en una lejana edad. Dejé el cuarto de mi madre tal como lo había encontrado, fui por la botella de coñac y llevándola conmigo me posesione del escritorio del viejo, que mi madre utilizaba para guardar sus partituras y materiales pedagógicos. A continuación, sin dejar de beber, me dediqué a abordar con gran familiaridad, a *sotto voce*, los más graves asuntos humanos, observado únicamente por los pinos. Nunca me expreso mejor que cuando bebo. Entonces me convierto en la persona más interesante y profunda que conozco.

Pero conste, tengo que estar solo. Esa vez, por ejemplo, tomé en mis manos la hoja de una begonia que encontré al pie de una maceta y me dediqué a reflexionar sobre la esperanza. Fue un largo monólogo, no menos de una hora. Cesó de llover. Comí abundantemente y de prisa, y dejé el resto a mi madre. Los árboles se sosegaron. Llegué a la cama llevado en vilo por una especie de torbellino delicioso. Me hundí en el fondo de una barcaza negra, silenciosa, conducida por una figura oscura, que pretendía trasladarme a una orilla brumosa.



Dagoberto Reyes. Sketch.

El cuerpo que nadie quiso amar

Carlos Alberto Santos

Ayer vi la foto de Sofía en el periódico, foto amarilla, desenfocada, mal tomada. Sonreía mientras abrazaba el oso de peluche, sonreía a la multitud, a los curiosos, a la cámara, sonreía con una sonrisa de miedo, de artista de cine, de niña que ha perdido la inocencia. La cara del bombero que la llevaba en brazos estaba llena de horror y asco, el bombero tenía los ojos llorosos, las lágrimas mojando su rostro, ojos llorosos iluminados por el flash de la cámara. No la reconocí, quién podía reconocerla, si la foto estaba desenfocada, movida; en ese momento no sabía que era la hija de la Gorda y la fiesta, el engendro de la cocaína y la noche, no se me ocurrió, no hubo presentimientos, ni adivinaciones, ni nada.

Habían pasado tres años desde que las encontré por última vez en el parque, tres años de ausencias, de separaciones, y recuerdos.

Empecé a leer la noticia con desgano y fastidio, la cabeza a punto de estallar, y el cuerpo dolido por los rezagos de la borrachera de la noche pasada, de todas las noches pasadas, de años de borracheras y drogas; al final supe que se referían a la Gorda, fue exactamente al terminar de leer la última frase de la noticia, allí surgió el presentimiento, la seguridad de que era la Gorda. Fui al hotel, pregunté y pregunté hasta quedarme ronca, hasta que la voz no me salía, hasta que estuve completamente muda. Es ella –me dije–. En verdad es ella, ya no me cabe la menor duda.

Los conocidos que viven o deambulan por el barrio me lo afirmaron, me juraron y perjuraron que era ella, la Gorda, la mujer fea, inmensa y grotesca, la hembra despreciable.

Cuando todo el dolor de los recuerdos me ahogaron, y las palabras no me salían, caminé sin sentido, deambulé por horas y horas las calles, las mismas que recorrimos con la Gorda. Recordé y recordé los gestos y la risa burlona, el cuerpo diametralmente deforme, un cuerpo del que no se puede precisar la forma, solo la fealdad y miedo que inspiraban a primera vista.

Su cara era morena y rechoncha, como pera marchita, pasa descompuesta, mango tullido, fruta podrida.

Hace cuatro años la conocí, era la Gorda para nosotros, nunca le supimos el nombre, en verdad ella nunca lo dijo, no le interesaba que la nombraran, orgullosa ostentaba el apodo, el mote. La Gorda llegó por primera vez a las reuniones para adictos, con golpes en la cara, los brazos morados, llenos de sangre coagulada, cicatrices y rasguños, el pelo corto, en desorden, hediondo a ella misma, a vejez, a grasa, a pestilencia, a cocaína. De alguna manera la Gorda me fue simpática, parecía un oso de peluche gigante, un oso panda de peluche, un oso café que a pesar de los golpes, la presión por conseguir la cocaína, nunca se irritó, por lo menos en mi presencia. Después de varias reuniones empezamos a hablar, a contarnos intimidades, a deletrearnos palabras, a contestar preguntas nunca formuladas, a multiplicar el lenguaje incoherente, a inventarnos frases, puteadas, sueños y maldiciones presentes. Salíamos agarradas de la mano, caminábamos durante noches enteras, nos mojábamos por la lluvia, y luchamos juntas, a diario por conseguir la droga. Formamos un dúo. Las calles, callejones y esquinas de mala muerte se convirtieron en cómplices de nuestras desgracias, de nuestras alegrías y frustraciones. Nos fundimos en un solo cuerpo, en una sola alma, nos transformamos en un espectro de carne y hueso, en un engendro que se movía y actuaba solo para conseguir la droga, solo para meterse el demonio en las venas, para que entrara el tormento por la nariz, el veneno blanco. En las noches las dos nos parábamos en una esquina y esperábamos por los hombres, por los machos sedientos de sexo, por los animales en celo, en brama, en frenesí, por los varones ansiosos de la vagina, de introducir sus penes en nuestras bocas, por la emoción barata de una puta barata, putas drogadictas en ganga, a mitad de precio. Pero la Gorda nunca consiguió clientes, nunca se subió a un carro, nunca tuvo que mamar penes o dejarse penetrar o fingir que le gustaba el semen de tanto desconocido; la Gorda no corrió esa suerte, entonces se dedicó a darme protección, me cuidaba de los hombres, se sentía mi rufián, el macho que cuidaba de su hembra prostituida.

Una vez se agarró a golpes con un borracho que me escupió la cara, la Gorda salió con un morete en el brazo, pero la peor parte se la llevó el borracho. La Gorda era la alegría en persona, el baile y la música juntas, aún cuando el cuerpo le exigía, le reclamaba y la presionaba por el polvo blanco, por la inyección en su brazo enorme de oso, aún así, la Gorda no perdió la alegría.

Una noche sin querer fuimos a parar a una fiesta, la noche estaba oscura, negra, misteriosa, con un aire pesado, como presagiando una desgracia, una desgracia más en nuestras vidas de putas, de drogadictas, de mujeres perdidas. Las drogas y cervezas abundaban, era una casa lúgubre, oscura, vieja y con olor a rancio. La Gorda disfrutaba, bailaba sola, reía y reía, mirando al techo, perdida, ajena al mundo y las penas, a nuestras penas y nuestro mundo. Me empecé a sentir mal, un sentimiento creció en mi pecho, aumentó y me envolvió, yo temblaba, tiritaba. Le pedí que nos fuéramos, tenía un mal presentimiento y se lo dije, se lo contradije, la segunda dosis de cocaína me había vuelto paranoica, habían acrecentado todas las sensaciones de miedo, destapado los demonios internos y se mezclaban con el ambiente lúgubre que la casa emanaba. El horror se apoderó de mí, le imploré, le rogué y hasta le lloré a la

Gorda para que nos fuéramos, pero ella no me escuchaba, seguía prendida al techo, volando incansable, lejos en una dimensión extraña y feliz. Entonces salí corriendo sin mirar atrás, cayéndome cada vez que daba un paso, enloquecida me arrastraba por las calles oscuras, por los callejones desiertos a esas horas de la noche, la risa burlona y escandalosa de la Gorda quedaban atrás, en eco, en un dejo macabro.

Tres días después nos volvimos a encontrar, la Gorda se burlaba, en carcajadas me acusaba de ser gallina cobarde. Mofa en carcajadas de Gorda puta y drogadicta, chanza escandalosa de un ser deforme, sin forma. Sin embargo, la Gorda a partir de esa fiesta fue cambiando, el vientre le fue creciendo, abultándosele, ampliando a diario, la Gorda se hizo más Gorda, la Gorda aumentó de peso, de ancho, y su figura monstruosa sobrepasó el límite, la raya entre lo horrible y despreciable. Cinco meses después los signos de la preñez eran innegables, entonces, era ella la que maldecía la fiesta, era ella la que lloraba al no recordar cómo había concebido un hijo sin padre, un hijo de la fiesta, un hijo engendrado con cocaína, un hijo de un ser horrible y despreciable.

Por tosca, mal hablada, y burlona con los hombres, muchos decían que la Gorda era lesbiana, más yo sé que no es así, su fealdad física era el obstáculo para que los hombres le ofrecieran cariño, para que le ofrecieran amor, un hogar seguro, un romance y un tiempo de ilusión.

En cuanto nació la niña, la Gorda cambió, dejó de asistir a las reuniones para drogadictos, no tuve noticias de ella por un año, desapareció de los lugares comunes, de las esquinas conocidas, de los bares y barrios que nos pertenecían. Una tarde de verano me la encontré en un parque, sonrió al verme, sus dientes de león marino, de ballena salieron a relucir, me confesó que ya no usaba drogas, que trabajaba, que cuidaba de su hija, la niña retozaba en los columpios del parque, le gritaba mamá a cada momento, le hacía señas y reía inocentemente, todo para llamar la atención, para que viéramos lo feliz que jugaba, para mostrarme que disfrutaba la vida al lado de la Gorda. La abracé con dolor, la apreté con ternura, con alegría, en un gesto de aprobación le besé una mejilla. Yo todavía continuaba prisionera de las drogas. Para mí no había esperanza –pensé– y una lágrima de reproche apareció en mi rostro, la Gorda me devolvió el abrazo, me envolvió con sus brazos de monstruo, de mujer Gorda, fue un abrazo enorme, eterno, asfixiante, un abrazo de oso como solo ella podía darlo.

Después se burló al referirse a mi estado físico, dio vueltas y vueltas a mi alrededor, husmeó mi cuerpo como fiera antes de cazar a su presa.

—La heroína te va a matar –me afirmó todavía con una sonrisa amplia en la cara, dando vueltas a mi alrededor.

—Sí –le dije con una sonrisa fingida, con una alegría forzada, con un dolor por mi vida actual y con envidia por el nuevo camino de la Gorda y su hija.

La Gorda me invitó a desayunar, salimos las tres del parque agarradas de la mano, saltando y cantando canciones infantiles, como si el mundo que nos rodeara no existiera, como si el maldito mundo de la heroína fuera un espejismo, una pesadilla que nunca me perteneció.

Mientras desayunábamos la Gorda me contó de los trabajos infames que hacía. Trabajaba para una compañía de construcción, acarrea cemento en la espalda, paleaba arena por horas y horas, se desgarraba las manos, la espalda, sudaba bajo el sol inclemente. La Gorda pretendía contarle con orgullo, trataba de engañarme, de que yo creyera que era feliz trabajando como hombre, como obrero, como animal de carga. Cuando comprendió que yo no le creía, me mostró las manos llenas de callosidades, de moretes, las señales de los golpes que se daba con el martillo, con la pala. Entonces por primera vez vi a la Gorda triste, sus ojos estaban llenos de amargura, descubrí que todo era sufrimiento en ella, la máscara de felicidad que mostraba se caía, se desboronaba en pedacitos y quedó al descubierto una cara amarga, miserable. Terminamos de desayunar y se despidió dándome en la mano un billete de veinte dólares, un billete arrugado y sucio, lleno de sudor. Caminó con Sofía de nuevo hacia el parque, saltaban y retozaban para recuperar el mundo ilusorio, el mundo falso y lleno de engaños que se habían creado, ajenas a la maldición que las rodeaba.

Ese fue el último encuentro. La Gorda volvió a desaparecer de mi vista, no la busqué, no regresé nunca más al parque, ¿para qué buscarla si la Gorda ya no era la Gorda? Ahora era una sombra, una silueta de un ser hermoso que conocí un día en las reuniones de adictos. El dinero que me dio, sirvió para un viaje más, para un viaje feliz, lleno de recuerdos, de días y noches junto a la Gorda. Mientras estaba arriba, en vuelo, agradecía a Dios por haber hecho el milagro de que yo conociera un ser despreciable por fuera, un monstruo externo, pero con alma de niño.

Ayer por la mañana apareció la noticia en el periódico, la leí con desgano, todavía con aliento alcohólico, con el cuerpo adolorido, Sofía era cargada en brazos por los bomberos, después de cuatro años había cambiado, no se parecía a la Gorda, era completamente diferente, blanca, pelo rubio y ojos azules, en la foto aparecía abrazando a un oso de peluche, un oso que se parece a la madre, a la Gorda. Por primera vez supe el nombre de la Gorda, era tan común por eso lo rechazaba, María. Nombre que rechazaba quizás porque le fastidiaba ser nombrada como las millones de Marías que abundan en la ciudad.

La Gorda murió elevada en el cuarto de un hotel del centro de la ciudad, de esos que alquilan las prostitutas, los drogadictos y desahuciados, murió en el viaje, sin sentir la muerte, en un sueño profundo, en una visión perfecta del mundo. La Gorda me mintió, se engañó para hacerme feliz, todavía era esclava de la cocaína.

Murió de una sobredosis. Encontraron el cuerpo descompuesto, el cuerpo inmenso y tosco, tirado en la cama, boca abajo, y la niña, Sofía, viendo televisión, comiendo desperdicios, sobreviviendo por cuatro días con su madre muerta, con el olor de muerte a su lado. Finalmente, alguien dio aviso a la policía, alguien se percató que la Gorda no salía del cuarto, alguien escuchó el llanto de Sofía, los gritos en la noche por querer despertar a la madre. La niña, la hija de la Gorda y la fiesta, la hija engendro de la cocaína, fue rescatada por los bomberos.

Estoy segura de que la Gorda murió feliz, por primera vez en su vida de mujer rechazada y despreciada, la muerte le hizo justicia, la liberó para siempre del cuerpo que nadie quiso amar.

Ser una niña de ocho años y vender pañuelos para hombre, de noche, en las cantinas de quinta categoría en Managua; ser niño y disfrazarse de payaso y lanzar fuego por la boca en un semáforo del Distrito Federal de México, a las tres y pico de la mañana; pintarse el cuerpo y la ropa de blanco, de dorado, de plateado, y pararse sobre un cajón y quedarse inmóvil durante interminables minutos para fingir ser una estatua frente a las catedrales de Köln o de Santiago de Compostela, o del Museo del Uffizi en Florencia; vender pañuelos rojos en Pamplona, justo en medio de las celebraciones de San Fermín; pintar a la perfección con yesos pastel la reproducción de algún cuadro famoso en el asfalto de alguna calle de la sección de peatones en Aachen (al día siguiente, solamente quedará la sombra de la imagen distorsionada por los pasos de los peatones); hacer cuadros con pintura en *spray*, imágenes desoladoras de planetas que no existen o dibujar caricaturas de los andantes o vender afiches con imágenes de la ciudad (el Ponte Vecchio, los ángeles de Raphael, la modelo famosa de turno) o ser una mujer rubia con un largo y elegante vestido negro (en pleno mediodía) y tocar un contrabajo que nadie escucha o escribir los nombres de los turistas en caligrafía china o hacer tatuajes de henna para todos los que hacen la fila de espera (que puede durar cuatro horas, en verano), para entrar al Museo del Uffizi; tener quince, dieciséis, diecisiete años y ser prostituta serbia o rusa y esperar clientes en la autopista A-1 a la entrada de Bolonia, Italia; detener turistas con una rama de romero frente a la Mezquita de Córdoba y hacerles creer que esa rama es un regalo y leerles la suerte en las palmas de sus manos para luego, con una gran sonrisa, cobrarles un precio exagerado y echarles la maldición gitana si no son pagadas; hacer acuarelas de la Toscana, de la catedral de Santiago de Compostela, del Canal Mayor de Venecia, de la Alhambra de Granada, de la Torre Eiffel; ser miembro de la gran familia sioux y fabricar «cazadores de sueños» para que los turistas puedan comprarlos en la tienda del Parque Nacional del Gran Cañón en Arizona; vender ositos de peluche en el metro del Distrito Federal; ser africano y extender una sábana blanca y vender carteras imitación de marcas famosas, hechas en Taiwán, en los callejones de Venecia y estar listos a la señal de los otros compañeros cuando avisen en su idioma de africanos que solo ellos entienden, que viene la policía, y correr, con aquellas largas piernas, entre turistas, canales y callejones; ser esos mismos africanos y ofrecer favores sexuales a las rubias que vienen por un poco de emoción; ser vietnamita y vender imágenes de Mickey Mouse, Minnie Mouse, el Pato Donald y la Pata Daisy, montados sobre un resorte con un imán, que los hace moverse al ritmo de la

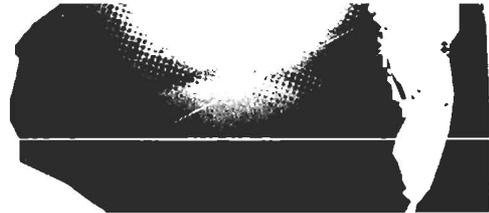
música que suena a través de una grabadora con baterías y dar la impresión que «bailan» (esta misma vietnamita será la que le avise a los africanos de la policía, sobre todo porque ella está estratégicamente colocada sobre el Ponte della Paglia, lo cual le da la ventaja de una pequeña altura y ver en dirección de la Piazza San Marco, de donde pueden venir los policías. Por supuesto, ella también corre); poner una mesita con un mantel negro y leer el tarot en los estrechos callejones de la Alcaicería, el antiguo mercado de Granada, España; ser hindú, pakistani o afgano y vender postales desteñidas de París en los alrededores de la Torre Eiffel; cantar rancheras desafinadas en los vagones del metro de París; tocar el saxofón como un virtuoso del jazz en los interminables pasillos de la Gare de Montparnasse; tocar la guitarra como un mediocre aburrido, frente a la Puerta de la Platería en Santiago de Compostela; vender tucanes, tigrillos, monos, perros, pericos, guacamayas, agua helada en bolsitas de plástico, anteojos para el sol, navajas y llaveros en el semáforo cerca del Hospital Militar de Managua; vender casetes piratas en los restaurantes de la Zona Rosa de San Salvador o en la Rotonda de Bello Horizonte en Managua; pararse en el mercado Central de San Salvador y esperar que alguien llegue y te pregunte «¿cuánto vale un trabajo?», yendo el rango del trabajo desde darle una paliza a alguien hasta matarlo; vender a tus hijos a cualquiera que pase en la carretera en Colombia; salir en una lancha de Miami Beach en dirección a Cuba, y por una módica tarifa (que oscila entre los tres mil y los diez mil dólares), recoger a los haitianos, cubanos, dominicanos u otros caribeños naufragados o a punto de serlo, para llevarlos a un punto solitario de alguna playa de la meca Miami; afilar cuchillos y tijeras, lustrar zapatos, vender cocos, frutas, tortillas, pan, tamales o carbón, comprar periódico o botellas de vidrio, fumigar contra los insectos, cambiar macetas de barro por ropa usada y vocearlo a todo pulmón en las calles de los vecindarios de clase media en Guatemala, San Salvador, Tegucigalpa, Managua, San José; subirse a los trenes regionales en Italia y colocar en las mesas de los pasajeros un llavero y un papel, diciendo el papel que la persona (hombre o mujer) que porta la presente es sordo y mudo y tiene hijos y no tiene otra forma de trabajar y pide una cordial colaboración del público para que compren aquellos llaveros (del *kitsch* más auténtico), al precio que sea, «una pequeña colaboración» se pide, para poder alimentar a aquellos hijos, y en silencio regresar y recoger de nuevo llaveros y papeles que nadie, absolutamente NADIE, compra; pararse en las esquinas de Córdoba y convencer, casi rogar a los peatones de comprar un periódico porque por la venta de cada uno de ellos, el vendedor gana una ínfima comisión que le servirá, al igual que en el caso anterior, para alimentar a sus hijos; ser turco y vender hamburguesas en los McDonald's de Alemania; ser argelino y vender hamburguesas en los McDonald's de Francia; ser salvadoreño y vender pupusas en San Francisco, Washington D.C. o New York; pararse en la Carretera del Litoral de El Salvador con un par de iguanas amarradas, tenerlas por la cola y alzarlas para que el conductor, al pasar, las mire, se detenga, las compre; tirarse al Océano Pacífico con martillo y cincel y bucear a pulmón hasta las piedras, para descubrir las ostras aferradas a la roca y martillar hasta desprenderlas y subir, a punto de reventar los pulmones y los tímpanos, y juntar la pesca del día en un balde de plástico, con una bolsa de sal gruesa y unos cuantos limones, y en otro balde cerveza Pilsener, recorrer entonces las playas de La Libertad y vender ostras, abrirlas, servir las en un plato;

(...y la lista continúa).

(De *Felicidad doméstica y otras cosas aterradoras*.
Editorial x, Guatemala 2002).

Irazume o arte del tatuaje

Alfonso Kijadurias



Imposible concentrarme en la lectura de *El tatuador* de Juniro Tanizaki. Apenas he leído página y media con los devaneos dudosos que provoca una lengua extraña, imaginándome los tropiezos de su traductor Howard Hibbett, cuando soy nuevamente interrumpido por los gemidos y alaridos de la muchacha de Calcura, filtrados a través de la pared que divide nuestros apartamentos. Varias veces he coincidido con ella en el elevador, en silencio, sin decirnos nada caminamos en el pasillo del quinto piso, ella abre la puerta de su cuarto, el tres cero cinco y yo el tres cero cuatro. Varias veces me he hecho la misma pregunta inquietante. Cómo una mujer tan tímida y callada pueda gritar de aquella manera, como si en realidad la estuviera matando el marido a puñaladas, el mismo que más tarde no tarda en acompañar su muerte con el cante jondo de sus alaridos, al unísono, celebrando su clima triunfal, obtenido después de un prolongado ritual, risas y carcajadas, gritos pedidos en bengalí que pueden traducirse a: hún-deme entera la cimitarra, métela más, más.

Avanzo, una vez sosegados sus furores, en la dificultad de una lectura que voy venciendo con la libertad de imaginarme lo que quiere decir, más allá de lo puramente literario o gramatical, aproximarme al espíritu del venerable escritor.

Sucedió durante esa época en que los hombres rendían tributo a la noble virtud de la frivolidad, entonces la vida no era lo que es ahora: un desenfreno mercantil, una carrera armamentista, un respirar la miasma de los desechos industriales, un vómito, un grandioso vómito. No, entonces era una vida consagrada al ocio y a la pereza de la imaginación, durante la cual hombres de ingenio gozando de los privilegios de su casta y su riqueza, buscaban diariamente las carcajadas de las damas de la corte y de las geishas. Un retrato de dichas costumbres nos ofrecen las novelas ilustradas de ese período, así como las representaciones del teatro kabuki, cuyos héroes brutales como Sadakuro y Jiraiya se transformaban en mujeres. Así, fueres donde fueres, belleza y violencia fueron una. Todo el mundo en el afán de embellecerse, usaba múltiples recursos, tales como el de inyectarse pigmentos en la piel. Deslumbrantes y atrevidos diseños de líneas y colores danzaban sobre los cuerpos de hombres y mujeres, sin importar las elevadas tarifas de los maestros, como tampoco la tortura a que eran sometidos en cada sesión.

Clientes de las placenteras récamaras de Edo, por ejemplo, preferían emplear palaquineros que estuvieran espléndidamente tatuados, pues hombres de ese estilo eran la debilidad de las cortesanas de Yoshiwara y Tatsumi. Entre ellos, no figuraban solamente jugadores o personajes de baja ralea sino miembros de la clase mercantil e igualmente samurai, quienes de tiempo en tiempo patrocinaban exhibiciones nudistas, donde los participantes, jactándose de sus novedosos diseños y criticándose entre sí, se palmoteaban las nalgas o sus miembros.

Hago una pausa aquí, interrumpido nuevamente por el ruido de un vaso rodando en el piso de mis vecinos, seguido del ruido acompasado de los resortes y los hierros de su cama. Puedo verlos desnudos, sudorosos, exudando sus olores a especias, excitados de la misma forma que mi imaginación. Una nueva racha de abrazos y caricias, una lenta preparación de armas, antes de la invasión total al territorio sagrado, en la que no faltan las palabras, el mantra sagrado, que traducido a nuestra lengua bárbara equivaldría a: *toda para mí, dámela toda.*

Continúo la lectura sin poder evitar, como otras noches, su amoroso periplo, su orgía perpetua. Tomo un trago de Imperial, y perturbado me sigo abriendo paso en la lectura, esta vez decidido a no dejarme vencer por sus gemidos de muerte, vencer la dificultad en que esa muchacha se ha convertido desde el día que descubrí que era ella, de mediana estatura, el cuerpo alegre en discordia armoniosa con la serenidad de su semblante, la autora de la libidinosa escena que, con sus gritos, lograba dibujar en mi cerebro. Seguí adelante, desafiando sus gritos y gemidos ardientes.

Vivió en aquellos tiempos un diestro y excepcional tatuador de nombre Seikichi, cuyo genio y figura, pese a su juventud, era aclamado por todos lados, ya que su maestría en el arte del tatuaje era puesta a la altura de Charibum y Yatsubei.

En lo más hondo de su corazón, el joven artista guardaba un profundo placer y un deseo secreto. Su placer se nutría de la agonía que imponía a hombres y mujeres en cuanto les hundía sus agujas, cuanto más torturaba su adolorida y enrojecida piel y acrecentaban sus gritos, más intenso y profundo se incrementaba su extraño deleite.

Nada le satisfacía tanto como ver un hombre arrodillado a sus pies, luego de haber sido agujereado quinientas o seiscientas veces en el curso de un día de tratamiento, durante el cual había sido sumergido en una tina de agua caliente para expulsar los colores, lo mismo si durante el proceso, lograba hacerlos aullar o castañetear sus dientes, como si estuvieran al borde de la muerte.

—Te estás portando como un mocososo, y esto que apenas comienzas a sentir mis agujas—murmuraba sereno e imperturbable, como siempre, observando el rostro de su cliente inundado de lágrimas.

No obstante, algunas veces, un hombre de inmensa fortaleza, apretando sus quijadas y tolerando estoicamente, sin fruncir el seño, se enfrentaba a las agujas del maestro.

—Ah, necio, ya verás como pronto mis agujas te pondrán de rodillas—decía, concentrado en sus agujas. Hago aquí a un lado la lectura, ante una sacudida que estremeció la habitación, vibran nuevamente vasos y botellas, oigo sus pasos, ella camina hacia el baño donde no tarda en halar la cadenilla. Aprovecho la interrupción para dar otro trago a la botella y, mientras baja por mi garganta su espumoso rumor, retomo la lectura.

Docenas de hombres, como aquél, le ofrecían sus pieles con la misma espontaneidad que le ofrecían un manto de seda para su ilustre pincel, ya que su obra destacaba por su originalidad en cada una de aquellas exhibiciones de cuerpos, cuya voluptuosa belleza prolongaban y engrandecían sus manos. Otros artistas, eran admirados por el uso de sombras o tonalidades, otros por el uso adecuado del cinabrio, el joven maestro, en cambio, por su genial maestría.

Seikichi se había inicialmente ganado la vida como pintor de la escuela de Toyokumi y Kuni-sada, un background que, pese a la declinación de su estatus de tatuador, evidenciaba el terrible poder de su conciencia artística. Nadie cuya piel o cuya psique fracasaran ante su propio interés podía comprar sus servicios. Los clientes admitidos, debían dejar el diseño y costo enteramente a su disposición y –sobre todo– soportar por uno o dos meses el insoportable tormento de sus agujas.

Durante largos años, Seikichi había acariciado el deseo de crear en la piel sedosa de una joven belleza una obra maestra. Variados y ricos atributos debía poseer dicha mujer, tanto en su apariencia como en su carácter. Un rostro perfecto o un cuerpo delicadamente estructurado, constituían su más arraigada debilidad, y aun cuando había pasado revista a todas las bellezas reinantes de las resplandecientes recámaras de Edo, en ninguna había encontrado el cumplimiento a sus demandas. En esa búsqueda constante, sin ningún resultado, habían transcurrido los años, sin que por ello desterrara de sus pensamientos la obsesión por encontrar el cuerpo de esa mujer.

Un atardecer de verano, durante el cuarto año de su búsqueda, sucedió que pasando por el restaurante Hirasei de Fukawa, distrito de Edo, no lejos de su propia casa, fue sorprendido por la cremosa blancura de unos pies descalzos que sobresalían bajo las cortinas de un palanquín en marcha. Para el ojo agudo, un pie humano es tan expresivo como un rostro, y esos pies de piel lustrosa, bañada en las frescas y lechosas aguas de una cascada, con dedos exquisitamente cincelados y uñas como iridiscentes conchas de nácar y redondeado calcañal, estaban hechos para ser nutridos por la sangre de muchos hombres. Esos pies, pertenecían, sin duda, a la mujer que lo había eludido durante todos esos años. Ansioso por obtener una mirada de la dueña de aquellos delicados pies, dispuso seguir al palanquín, pero su carrera fue en vano, ya que luego de perseguirlo por callejuelas y avenidas, súbitamente lo perdió de vista.

Desde entonces su largamente acariciado deseo, adquirió los matices de una enfermiza obsesión. Una mañana, ya entrada la primavera, mientras contemplaba en su terraza de bambú de Tukagawa, una maceta de lilas, escuchó una voz que lo llamaba desde las puertas del jardín. Era una muchacha que daba vueltas alrededor de la cerca. Le traía un recado de una de sus amigas, una geisha de la vecina recámara de Tatsumi. Oigo de pronto un alarido, un gemido profundo que penetra como serpiente las delgadas paredes, seguido de un rosario de palabras y después un silencio al que se adhieren, como una piedra imán, los ruidos de los cuerpos que se queman en su propio fuego, sus cuerpos eternamente olorosos a especias. Volví, ateniéndome a las consecuencias de aquel sospechoso silencio, a la sigilosa lectura, deteniéndome en casos extremos a investigar cada nueva palabra, que entorpecía el ya azaroso camino del texto, a esas alturas no me iba a echar atrás, bebí otro trago, encendí un cigarrillo y continué, seguro de avanzar en selva oscura.

—Me envía mi señora con este manto de seda, pues quisiera saber si tendría la gentileza de decorarlo, —dijo desatando el manto envuelto en una hoja gruesa de papel de estraza, que, contenía, además, un retrato del actor Tejaku y una carta.

La carta no hacía sino repetir la petición ya expresada por la portadora, quien muy en breve, según la nota, iniciaría carrera de geisha bajo su protección.

—Tengo la impresión de haberte visto antes —le dijo Seikichi, escudriñándola intensamente.

Tenía la apariencia de una muchacha de apenas quince o dieciséis años, aún cuando su rostro poseía la madurez de una belleza poco común, iluminada por una mirada, que denotaba la experiencia de quien ha pasado muchos años fascinando a innumerables hombres en vistosas alcobas. Su belleza reflejaba el glamur de miles de generaciones de hombres y mujeres que han vivido y muerto en esta metrópoli, donde se concentran los vicios y riquezas de toda la nación.

Seikichi la invitó a tomar asiento en la terraza, donde pudo estudiar detenidamente sus pies, casi desnudos, levemente ajustados a sus sandalias de paja.

—¿No fuiste tú quien a bordo de un palanquín abandonó hace algunas noches el Hirasei? —le preguntó, sin dejar de contemplar sus pies.

—Me imagino que sí —contestó sonriendo—. Algunas veces me acompaña mi padre.

—Te he esperado cinco años y esta es la primera vez que descubro tu rostro, siempre he recordado tus pies... entra por un instante, tengo algo que mostrarte.

Cogida de la mano, la condujo hacia las escaleras que llevaban a su estudio. Desde allí podía contemplarse el susurrante río. Seikichi corrió hacia el fondo de su estudio y sacó de un baúl dos pinturas en pergamino. Desenrolló una de ellas y la mostró a la muchacha.

Era una pintura de una joven china, la favorita del cruel emperador Chou de la dinastía Shang, inclinada sobre una balaustrada, el aire lánguido, del recamado brocado de su falda larguísima caía una lluvia de estrellas; su espigado cuerpo soportaba el peso de una corona de oro tachonada de coral y lapislázuli, con su mano derecha llevaba a sus labios una copa de vino, en tanto contemplaba en dirección del jardín, donde un hombre próximo a ser torturado yacía encadenado a un pilar de cobre, en cuya base un fuego sería pronto encendido. La víctima con los ojos cerrados, la cabeza inclinada, rendía devoción a su señora, sin importarle la muerte.

Se trataba, sin duda, de una obra concebida para recordar lo que no se sabe que se sabe, mimesis, bola de cristal y espejo de una situación vivida.

En cuanto la muchacha dejó de contemplar la pintura, comenzaron a temblar y parpadear sus labios y sus ojos, en conjunción con la gradual similitud que iba cobrando su rostro con el de la princesa. Había descubierto en la pintura el misterio de su vida.

—¿Por qué me has mostrado esa cosa terrible? —le preguntó, pálida de pies a cabeza, sin despegarle su mirada.

—Esa mujer eres tú, su sangre corre en tus venas —le respondió Seikichi en el preciso instante que desenrollaba el siguiente papiro.

La pintura, titulada Las víctimas, destacaba en su interior a una muchacha reclinada sobre el tronco de un árbol de cerezas, llena del sádico gozo causado por una masa de cuerpos tendidos a

sus pies, sus ojos irradiaban felicidad y orgullo. Diminutos pajarillos gorjeaban triunfales a su alrededor. ¿Era aquel un jardín o un campo de batalla? Ante la pintura, la muchacha quedó paralizada por el hallazgo de un secreto largamente escondido en las tinieblas de su corazón.

—Esta pintura contiene tu futuro —le dijo Seikichi, señalando a la mujer bajo el árbol de cerezas—, y todos esos hombres son los mismos que un día arruinarán sus vidas por tu causa.

—¡Por favor te ruego retirarla de mi vista! —exclamó, ofreciéndole la espalda en un intento de escapar de su seductora tentación—. Tengo que admitirlo —continuó temblorosa postrándose a sus pies—, estás en lo cierto, soy como esa mujer... por eso te pido alejarla de mis vista.

—No hables como una cobarde —le respondió Seikichi con una sonrisa sarcástica—. Obsérvala de cerca, tu vergüenza no ha de durar por mucho tiempo.

Pero la muchacha rehusando alzar la cabeza, aún postrada a sus pies, el rostro oculto entre las mangas de su vestido, no cesó de repetir una y otra vez que sentía temor y ansiaba más que nunca retirarse. Imposible continuar la lectura, nuevamente los cuerpos poseídos del indomable fuego que todo lo devora, parecía incendiar el edificio entero, habían cambiado de postura, ella de bruceas, agarrada a los barrotes del camastrón, él atrás con el miembro brillante, listo para empalarlo en el montañoso receptáculo de su grupa. Podía verlos a través de los cobrizos sonidos de los barrotes del camastrón, las pisadas fuertes del macho, el lubricante desliz de un pez carnívoro en la gruta secreta. Me di cuenta del contagio que estaba padeciendo, una erección pavorosa amenazaba romper, como una afilada navaja, mi bragueta, razón por la que no tardé en ponerme de pie y dirigirme al baño, sin otro fin que mojar me el rostro y sosegar a la hiena que era mi cuerpo hambriento y sediento de carne. En el baño encendí una vela y me negué a regresar, hasta no ver vencido en los dominios de mi enorme bragueta al propio insolente demonio, que no tarda en salirse con las suyas. Cogí nuevamente el libro, respiré hondo, desatendiendo la rítmica cadencia que prolongaban sus cuerpos a través de la noche, el gritillo desesperado y complaciente, la violenta acometida y la impaciente evasión de la hembra que al huir provoca la furia del amante, que habrá de infligirle el delicioso castigo de hacerla derretirse al pie de la oración de su verdugo: Oh dombi, oh divina, ninguna como vos, perversa y disoluta.

—No, tú no te irás. Haré de ti una belleza sin igual —replicó Seikichi, buscando su cercanía y palpando bajo su quimono el frasco de anestésicos que, años atrás, había obtenido de las manos de un farmacéuta alemán.

El radiante sol de la mañana centellaba en el río, su luz abrasadora se fijaba en el estudio. Los luminosos reflejos del agua dibujaban sobre el delicado papel de los biombos y en el rostro de la muchacha, ondulantes olas doradas. Seikichi había cerrado las puertas y ordenado sus instrumentos, para luego dedicarse a la hechizada contemplación de aquella presencia, cuya belleza lindaba entre lo inverosímil y lo terrible. Nunca, pensaba, se cansaría de contemplar su rostro sereno. Así como los antiguos egipcios habían embellecido su desierto con pirámides y esfinges, él embellecería su delicada y tersa piel.

Al instante, alzando el pincel que sostenía entre el dedo pulgar y los dos dedos siguientes de su mano derecha, comenzó a pintar la espalda de la muchacha, después, con la aguja que apretaba su mano izquierda, a grabar su diseño. Seikichi sentía que su espíritu se disolvía en la tinta de

carbón que manchaba la pureza de su piel. Cada gota de cinabrio y alcohol aplicada, era una gota de su propia sangre. En cada uno de aquellos pigmentos, Seikichi descubría los colores de sus propias pasiones.

Pronto, herida de sombras cayó la tarde, con ella, aquel tranquilo día de primavera llegó a su fin. No por ello Seikichi cesó en su creadora actividad, tampoco la muchacha había despertado de su profundo sueño.

Cuando una sirvienta de la casa de las geishas llegó para inquirir sobre la suerte de la muchacha, Seikichi, sin abrirle la puerta, le contestó que la muchacha se había marchado hacía largas horas.

Horas más tarde, cuando la luna con su radiante luz invadió las casas del banco del río, aún el tatuaje no iba ni siquiera por la mitad. Bajo la luz de una vela, Seikichi continuaba su trabajo.

En todo caso, aplicar una sola gota de color requiere de un esfuerzo supremo. A cada pinchazo de su aguja Seikishi suspiraba y sentía como si él mismo apuñalara su corazón. Lentamente las marcas del trabajo comenzaron a tomar las formas de una araña, una inmensa viuda negra. Ya cercanas a las horas en que el cielo de la noche palidece con la llegada del alba, las ocho patas de la rara, malevolente criatura, habían abrazado toda la espalda de la muchacha.

Me veo obligado a cerrar el libro, no puedo más. De nuevo los gemidos, lloriqueos y carcajadas, los ruidos, que preceden a toda erupción, se colaban con todo realismo tras las paredes de mi cuarto. Al hombrecito, lo había visto una vez penetrando la llave en la chapa de la puerta de su apartamento, bajito y delgado, más bien feo como un mono de Calcuta, pero algo tenía que no poseía ningún mortal, un poder oculto, capaz de poner a sus pies una belleza, como la que hoy poseía y arrancaba aquellos gritos de lo más hondo de su ser, su más secreta melodía. En medio de todo esto, había previsto el final, la dificultad mayor, el peligro que me estimulaba avanzar en mi escabrosa lectura. No faltaba mucho, era cuestión de robarle a mis desvelos unos minutos más, habría que vencer las dificultades previstas, no prestar atención al rumor enemigo, enemigo de mi lectura, de aquel intento, que requería de concentración y agilidad mental, pues era fácil perder el hilo, equivocar el sentido.

Abajo, iluminadas por la luz resplandeciente del alba primaveral, las barcazas recorrían las aguas del río, sus remos resquebrajaban la frágil quietud de la mañana, los rayos del sol reverberaban en los tejados y la niebla comenzaba a desvanecerse sobre las velas inflamadas por la brisa mañanera. Seikichi, por fin, luego de soltar el pincel, contempló la araña, la inmensa viuda negra. Obra de calculada audacia, síntesis del esfuerzo de toda una vida, ahora que la había concluido se había apagado en su pecho el fuego de la emoción.

Las dos figuras permanecieron quietas hasta que el eco de la gruesa voz de Seikichi resonó en la paredes de su estudio.

—He vertido mi alma en tu cuerpo con tal de hacer de ti una belleza inenarrable, de ahora en adelante no habrá en todo Japón ninguna mujer que se compare contigo, tus viejos temores se han ido para siempre. Todos los hombres serán tus víctimas.

Como toda respuesta, de los labios de la muchacha, que lentamente comenzaba a recobrar sus sentidos, surgió un gemido. A cada estremecimiento de su respiración la araña movía sus peludos miembros.

—Ya no sufrirás más —continuó Seikichi—, pues ya la araña está cobrando vida en tu cuerpo. Ante tales palabras, una mirada de asombro se dibujó en los ojos de la muchacha, súbitamente abiertos, una mirada fija, radiante, como el resplandor de la luna del atardecer que en ese instante iluminó su rostro.

—Déjame ver el tatuaje, dijo, hablando como en sueños, con un tono no exento de autoridad—. Si me entregaste tu alma, ninguna duda cabe, que has hecho de mí una belleza inigualable.

—Antes que nada, es preciso que tomes un baño para que el agua defina los colores —susurró compasivo Seikichi—. Tengo temor de lastimarte, pero sé valiente una vez más.

—Por el amor a la belleza soy capaz de soportar una tortura como esta —dijo sonriente, pese al ardor provocado por el agua corriendo a través de su cuerpo.

—Qué tormento más grande, déjame sola, aguarda en la otra habitación. No soporto que ningún hombre me vea sufrir.

En el baño, demasiado débil para secar su cuerpo, haciendo a un lado la mano de Seikichi que acudía en su ayuda, cayó desmayada, gimiendo como en una pesadilla. El rostro oculto por la salvaje maraña de su cabellera.

Seikichi obedeció y la aguardó en su estudio. Estaba maravillado de la transformación realizada en la tímida y dócil muchachita de ayer, por igual de su trabajo, minuciosamente elaborado, tal como lo había imaginado.

Ahora sí llegaron a su clímax, de nuevo dos en uno, el loto y el rayo, el yoni y el falo, *Sam-sara es Nirvana*. Oh dombi, candali, nadie es más disoluta que vos, han provocado un terremoto, ruedan vasos y botellas, se desprende un cuadro, chillan y crujen las maderas como animales, sisear de cobras en celo, se oye después un portazo, después un porrazo, se han caído de la cama, se arrastran por el piso hasta caer rendidos, muertos. Ahora sí podré continuar mi lectura, después de todo ya no falta mucho, aunque he llegado a la parte más abrupta, la del final, un final que, intuyo, ofreció a Mr. Hibbett problemas (¿de interpretación?) o que para mi gusto deja mucho que desear. Que tanto el autor como el traductor de la historia perdonen mi osadía, así como las insuperables y evidentes limitaciones impuestas por una lengua condenada, pero en fin, la justicia poética me asista, ahora, que han cesado los ruidos de alcoba y comienzo a llenarme del hervor de sus ronquidos, habré de continuar hasta el final.

Aproximadamente una hora después, la muchacha regresó, cuidadosamente vestida, la oscura y brillante cabellera cayendo sobre sus hombros. Inclineda sobre el barandal de la terraza alzó la mirada y escrutó el cielo ligeramente brumoso. En sus ojos brillantes se habían desvanecido las huellas del dolor.

—Ahora toma estas pinturas —le dijo Seikichi, colocándolas frente a ella—. Tómalas y vete por el mismo sendero que llegaste.

—Todos mis antiguos temores han desaparecido y tú serás la primera de mis víctimas —respondió la muchacha, llena de indiferencia a su ofrecimiento, dirigiéndole una mirada aguda y brillante como una espada.

—Antes de tu partida —suplicó Seikichi—, déjame ver por última vez el tatuaje.

Silenciosa, la muchacha asintió con la cabeza y su kimono se deslizó de sus hombros. Sucedió, entonces, lo esperado, saltó la araña sobre él y abrazándolo con la fuerza mortal de sus patas comenzó a devorarlo.

Anotaciones sobre el amor

Javier Espinoza

A Raph

Uno

Hoy me levanté y fumé un cigarro con sabor al sexo de dos mujeres unido en un momento de libertad plena. Salí del cuarto con olor a sexo y me senté en un sofá repleto de pelos púbicos. ¿Qué ha pasado?

Dos

—Te digo que ayer en la noche, me acerqué al lugar donde se cuelga la ropa y escuché más ruidos de los que habitualmente escucho y hoy en la mañana lo vi salir a él con otra muchacha y creo que su novia no está y a eso de las dos de la mañana escuché salir a otro muchacho. De seguro y cambiaron de mujer o se las cogió a las dos o tuvieron una gran orgía...

Tres

—Cojamos ya pues hijita de puta, me vale verga que tengas cara de gringa, no me intimidas, sólo quiero terminar en tu cara y que me mamés la verga hasta que me quede roja, mértela por el culo hasta que ya no se me pare.

Cuatro

—Vos sos un ángel, de esos con alas y cuernos —dice él.

—Sí, yo soy un ángel —se miente.

(Un ángel de esos que pasan borrachos todos los días con dos litros de vodka y se dan por lo menos tres líneas en el día y fuman marihuana a morir. El ángel sale y deja a los enamorados en sus asuntos y con sus jugos y toma su cartera en dirección a «La Zona Rosa». Quiere bailar salsa, en la Suiza no existe ese ritmo. Techno es lo que escucha. Lleva su walkman en el asiento trasero del taxi, escucha: *Fatboy Slim is fucking in heaven, Fatboy*

silimisfuckinginheaven; fuckinginheaven; fuckinginheaven. «I wanna fuck in a fucking disco», se dice a sí misma con la mirada perdida en las luces de neón, las luces de los carros y los recuerdos del falo exquisito que probó en la noche. Ahora en la calle, en medio de los hedores de perfume Hillfigher, camisas Polo y carros último modelo, se dirige a la disco. Tum, Tum, Tum, Tum, *A mover el culo, amoverelculo...* No hay hombres que la quieran coger esta noche, ninguna noche me quieren coger de todos modos. Cuando me cogen es porque no hay otro hoyo más cercano donde meter el pito. Quiere marihuana, se balancea entre los que bailan y le pregunta uno a uno: Hey, no tienen marihuana, dónde puedo conseguir. La gente se ríe en su cara como ogros frente a un chiste de mal gusto. No hay marihuana, Jeannine Smokeystone. Estás en la mierda. Cae al suelo. No lo puede soportar más. Qué es el mundo sin el monte, sin la hierba. Llaman a la policía. Alguien la conoce. Señorita, la vamos a llevar a su casa. Disculpe, no tiene marihuana...)

—Mi papá me violó y qué. Yo soy la carne y la sangre de Cristo.

Cinco

Tener celos es la bomba atómica. Digamos, *por ejemplo*, que Bush tuviera celos de las primeras dos bombas atómicas y le diera la gana superarlas. Japón está, desde ese entonces, protegido contra las bombas nucleares por Estados Unidos. Firmó un tratado en el que «La Gran Nación del Norte» se responsabiliza a defenderlo frente a las otras naciones. Pero del único que no tiene protección es de Estados Unidos.

Tener celos es regocijarse con un dolor masoquista de las veces que toda la humanidad cogió a tu mujer y repetir cientos de veces en tu cabeza esas cogidas que no viste pero sabés que existen. Saber que en el lugar donde metés tu sexo pasaron otros sexos de variado tamaño y tener la tentación de comparar tu tamaño con el de los demás. Aquí también hay un poco de baja autoestima.

En la ciudad de México hay aproximadamente veintiocho millones de habitantes necesitados de muchas cosas, pero principalmente de que el metro llegue a tiempo a la estación para llegar a tiempo a sus trabajos y que el metro llegue a tiempo a la estación para llegar lo más rápido posible a sus hogares. En el cuerpo de él, hay veintiocho millones de pequeños «él» en un pozo oscuro y profundo esperando ser rescatados de la desilusión de la vida, pero sobre todo en espera de la visión maravillosa de «ella». veintiocho millones de seres humanos minúsculos que gritan: “Queréme, queréme”.

Seis

Las fronteras me joden la vida. Son la representación geográfica de las vísceras de la humanidad. Con sus ríos de mierda que más parecen charcos y los hijos de puta de los de migración. «El mundo está lleno de hijos de puta» pero no hay tantos de estos como en las fronteras. No sé de vísceras pero sí sé que hay seres humanos dotados de mejores órganos que otros.



Tessie Barrera. Poema 1.



Tinta fresca



Pedro Geoffroy Rivas,

El surco de la estirpe. Poesía completa.

Colección Orígenes, n.º 30, 504 pp. ISBN 978-99923-0-170-8
Recopilación, estudio introductorio y bibliografía crítica: Rafael Lara Martínez. Edición al cuidado de Roberto Laínez. DPI, San Salvador, 2008.

Con la publicación de *El surco de la estirpe*, se celebra el primer centenario del natalicio del poeta, antropólogo y lingüista salvadoreño Pedro Geoffroy Rivas. El volumen, cuyo título fue tomado de uno de los versos de *Los nietos del jaguar*, recoge la obra poética de este gran autor, desde sus versos de juventud, agrupados bajo el título de *Estupideces*, hasta *Los nietos del jaguar*, obra que corona su poesía de madurez.

El estudio de Lara Martínez permite conocer algunos de los hitos más importantes de la vida de este autor. Fue un hombre signado por la controversia. Su acercamiento, siendo un joven de familia cafetalera, a los líderes comunistas del 32; su participación en la quema del consulado salvadoreño en México, en 1936; su regreso triunfal al país en 1957, donde fue recibido por los jóvenes poetas como un héroe; sus acusaciones públicas contra el Partido Comunista de El Salvador, por lo cual fue atacado por estos mismos jóvenes poetas como un traidor, son algunos de los hechos que demuestran la intensidad, pero también lo accidentado de la vida de este poeta.

Pero no sólo de escándalos políticos está hecho el hombre. Geoffroy Rivas permanece entre nosotros por el valor de su legado literario contenido en estas páginas. Lara Martínez proporciona elementos para la discusión de su poesía de temática indigenista, lo cual evidencia que su obra aún no ha sido lo suficientemente valorada y mucho menos discutida.



Roque Dalton,

No pronuncies mi nombre. Poesía completa, volumen II.

Colección Orígenes, n.º 19, 530 pp. ISBN: 978-99923-0-171-5.
Compilación e índice comparado: Rafael Lara Martínez. Prólogo: Luis Alvarenga. Cuidado de la edición y notas introductorias: Pablo Benítez. DPI, San Salvador, 2008. Uno de los títulos más esperados, después de la publicación de su primer volumen, es esta segunda entrega de la poesía completa de Roque Dalton. Su publicación ha producido mucho interés. Reproducimos aquí dos comentarios al segundo volumen de *No pronuncies mi nombre*: el primero es del catedrático de

filosofía de la UCA, Julián González Torres, publicado en el periódico digital *El faro* (2/6/2008); el segundo es del antropólogo Ramón Rivas, publicado en el *Diario Co-latino* (30/5/2008).

1. Pronuncia mi nombre

Por Julián González Torres

El jueves 29 de mayo la Dirección de Publicaciones e Impresos (CONCULTURA) cerró el ciclo de presentaciones del tomo II de la *Poesía Completa: No pronuncies mi nombre* de Roque Dalton. El evento reunió a estudiantes de la UCA, catedráticos de la misma y al distinguido escritor Manlio Argueta. Este último tuvo la gentileza de compartirnos un conjunto de vivencias del tiempo en que conoció al autor de *Taberna y otros lugares*. Además, sostuvo que hay muchas personas que guardan temor hacia la obra del poeta.

Si Dalton despierta temores se debe a que es un poeta que incomoda: con su carácter irreverente; su actitud de denuncia; su incólume compromiso político; el humanismo radical que profesó; sus versos satíricos, sarcásticos; con su palabra hermosa y combativa; con su grandeza poética, reconocida por autores de la talla de Julio Cortázar y Mario Benedetti. Además, porque es un poeta que hace presente en sus versos la memoria de las víctimas, de los silenciados por la historia oficial. Estamos acostumbrados a leer la historia como un *continuum* en el que el presente, al ser el resultado del pasado, legitima íntegramente a este último como una necesidad histórica. Desde esta perspectiva, a modo de ejemplo, las torturas y las masacres que acontecieron durante una guerra civil, vistas desde el presente, quedan perfectamente legitimadas cuando cesa el momento bélico y surgen lo cánticos de paz. El problema con esta lectura es que al adoptarla hemos asumido la interpretación de los vencedores. En otras palabras, avalamos el aniquilamiento de las víctimas en las manos del verdugo. En la poesía de Roque encontramos una acérrima denuncia a esta forma de leer la historia salvadoreña. En su palabra poética se hace presente la voz de los vencidos. De ahí que al mismo tiempo asume un compromiso con los ideales de justicia de esos que el poder ha acallado.

Escribe Roque en memoria de Anastasio Aquino:

*Sólo has visto dolor en tu llegada.
Dolor en los cañales explotados
sobre el dolor de tus hermanos;
dolor en las palabras en secreto,
dolor
en las lagunas y en los pájaros;
dolor en la palabra incomprensible del caporal extraño,
dolor en sus patadas, en su insulto, en sus manos ladronas.*

Como sabemos, Anastasio Aquino fue traicionado, capturado y fusilado. Escribe el poeta al respecto:

*Había muerto un indio.
Anti-cristiano, anti-cultural...
Ya podían de nuevo, civilizadamente,
construir cadalsos, restallar látigos, condecorar verdugos.*

Hay aquí una denuncia contra el mundo «civilizado» que condena a las víctimas al silencio y celebra al victimario. Cuando se condecora al verdugo es porque éste ha triunfado sobre la víctima. El éxito del verdugo es la muerte de la víctima. Pero hay también en Aquino y su revolución un ideal a seguir, a continuar. La memoria de la revolución del indígena de San Pedro Nonualco debe iluminar las nuevas luchas por la liberación. «Padres de la patria futura» les llama el poeta; claro, por hoy son los vencidos, los perdedores de la historia. Pero su memoria deber estar presente en las nuevas luchas sociales:

*Anastasio Izalco, Lempa Aquino:
desde que tú naciste se ha hecho necesario apellidar la lucha
y ponerle tu nombre.*

Hay, pues, en el autor de *Las historias prohibidas del pulgarcito* un compromiso por no dejar en el olvido, en el silencio, la voz y la lucha de aquellos que el sistema tuvo que eliminar para restaurar el orden y recuperar la senda del «progreso». Esta dimensión de su poesía sitúa a Dalton en un conjunto de intelectuales comprometidos con la conservación de la memoria de los vencidos y con el ansia de reparar las injusticias cometidas. Uno de esos intelectuales es Max Horkheimer. En sus últimos días afirmó que una de las grandes tareas de la teología es conservar la esperanza de que el verdugo no tenga la última palabra sobre la víctima, preservar el anhelo de reparar las injusticias cometidas.

Como artista del verso, Roque también asume el compromiso histórico de que la voz y la lucha por la justicia de los vencidos no queden condenadas al olvido. Por eso dice en su primer poema de *El turno del ofendido*:

*Me habéis golpeado azotando
la cruel mano en el rostro
(desnudo y casto
como una flor donde amanece
la primavera)*

[...]

*Ahora es la hora de mi turno
el turno del ofendido por años silencioso
a pesar de los gritos*

*Callad
callad*

Oíd

Esa es una de las razones por las que Roque Dalton aún despierta temores en muchos. Sobre todo en aquellos que han sido llamados a conservar la «historia oficial»; la misma que ante las víctimas de nuestra reciente guerra se limita a repetir la maldita frase de «borrón y cuenta nueva». Pero ha llegado la hora de enfrentarnos con su obra poética, la hora de «pronunciar su nombre».

2. Roque Dalton, *No pronuncies mi nombre. Poesía completa II.* Por Ramón Rivas

Este lunes pasado, el Museo Universitario de Antropología, MUA, y la unidad de Cultura Roberto Armijo, ambos de la UTEC en coordinación con la Dirección de Publicaciones e Impresos, DPI, presentó el segundo tomo de la obra de Roque Dalton que lleva por título *No pronuncies mi nombre*.

Poesía completa II, prologado por el poeta y escritor Luis Alvarenga y compilado con un índice del lingüista Rafael Lara Martínez. El cuidado de la edición y notas introductorias estuvo a cargo de Pablo Benítez; presidió la presentación la directora de la DPI Jazmin Campos, el director de la Biblioteca Nacional, el escritor Manlio Argueta y yo como director del MUA, que ofrecimos una visión personal sobre Roque Dalton.

Ahora comparto con los lectores mi discurso en esa presentación. Comencé indicando que me llama mucho la atención, hoy en día, la presencia de una literatura de compromiso social en nuestro país y en el continente. Esa misma impresión tiene también el literato Ernesto Rivas, radicado en Holanda, con quien hace unas semanas intercambiamos algunas ideas al respecto. Soy de la idea de que en unos lugares más que en otros se constata un despertar intenso y continuas discusiones en torno al compromiso y a la capacidad de denuncia que la literatura pueda tener. Los constantes congresos son un ejemplo de ello. No obstante, como hay de todo y para todos los gustos, existe esa literatura denominada escapista, como esos libros, novelas, poemas y qué se yo qué más «a la Harry Potter» y como *El Código Da Vinci* entre otros, que no dicen nada. Pero que todo mundo quiere leer o simplemente ya leyó. El debate muchas veces ha hecho surgir una especie de reevaluación de este tipo de literatura, escapista. La realidad social en el continente es tan cruda que no nos podemos dar el lujo de escribir o leer libros

sobre «pajaritos preñados». Pero me centraré a lo que me habían invitado. Se trata nada más ni nada menos que de reflexionar sobre Roque Dalton y su obra en ocasión de las actividades que, con justa razón, se han programado este año para conmemorarle. Entonces dije: «No hay que olvidar que un 10 de mayo, Día de la madre, lo asesinaron sus propios colegas. Y que un 14 de mayo era su cumpleaños. Roque fue un intelectual conocedor de la historia del país y de la historia universal.

Su literatura es de compromiso, literatura de denuncia en la línea de Pablo Neruda, Mario Benedetti, Eduardo Galeano, Ernesto Cardenal, entre otros, y marcado por una línea política hasta cierto punto definida. Como se trata de una reflexión en un ámbito académico, considero oportuno detenerme, por lo menos un breve momento, para reflexionar sobre lo que es «literatura», por lo menos cómo yo, formado como antropólogo, la concibo. Entonces, si nos detenemos en el concepto de literatura, vemos que literatura es todo. Es política, y es algo también que puede usar elementos de la psicología. Fíjense ustedes —les dije a los presentes—, los psiquiatras recomiendan a sus pacientes escribir su historia como terapia. La literatura también puede tener elementos políticos, históricos, psicológicos y conceptos sociales. Puse un ejemplo: Imagínense ustedes que estos momentos están todos callados escuchándome, de repente, por a o b motivo se rompe el silencio por algo ocasionado, a lo mejor, por alguno de ustedes.

Si alguien de los presentes pudiera describir ese hecho, eso es también literatura. La literatura es como la cultura que lo abarca todo, es decir, es todo lo que el ser humano es capaz de hacer en su relación con los otros y así hemos aprendido los antropólogos, y está comprobado.

La cuestión es que a través del momento que yo puedo transmitir mis ideas en forma de símbolos, que son las letras, suceden muchas cosas. Las letras —no se les olvide— no son más que instrumentos que en combinación con otras letras producen un significado. Y si se agregan más palabras se puede llegar hasta la conformación de una oración y luego hasta un poema, un cuento, una leyenda, una novela, etc.

Lo que quiero decir es que a partir del momento en que yo puedo transmitir físicamente un pensamiento, a partir de una unión morfológica y sintáctica, es que estoy dándole forma literaria a mis pensamientos en forma escrita y, por ende, hago literatura. Así como los antropólogos podemos ver y estudiar la sociedad y la cultura de los pueblos de diferente manera, así sucede con el fenómeno de la literatura. Por ejemplo: Roque, intelectual refinado que en forma magistral supo sacar provecho jugando con las palabras para decir y dar a entender un momento que aún se perpetúa en nuestra sociedad —marginación, olvido social y desprecio por el otro—, logró el pináculo de su creatividad. Por eso, precisamente, su obra es aún vigente. Su filigrana de palabras es como que hoy por la mañana fueron escritas.

Es como que vivimos en una sociedad recogida, estática, callada, pasmada. Roque, en su forma de plasmar su pensamiento con palabras sarcásticas y sus infinitas maneras de usar el lenguaje, rompió la tónica clásica del escapismo —dígase literario— que ya en su tiempo existía. Pero no hay que olvidar que Roque tenía privilegios: el momento en que vivía, su vida po-

lítica y su facilidad para hacer contactos, sus constantes viajes. Era un hombre como cualquier otro. A lo mejor tomaba Mejoral.

Además, su envidiable dedicación y disciplina para la escritura era rígida y constante, de lo contrario no dispondríamos de tan importante y extenso legado ni, mucho menos él hubiese tenido trascendencia nacional, o a lo mejor hubiera sido mínima. Y esta es otra característica del poeta o se hubiera quedado como escritor local. El concepto que el mismo Roque tenía de la literatura era que ésta tenía que estar vinculada con los cambios sociales y que no podía verse desligada de la sociedad y su realidad. Lo mismo podemos decir de la religión, la política —y por qué no— en estos momentos, hasta de la medicina, etc. La cuestión es que si se llegan a usar demasiados elementos políticos la literatura se te puede volver un panfleto. Si se sobrecarga, se puede llegar a transformar en una hoja volante y esta ha sido la genialidad de Roque, que supo no llegar hasta ese extremo de que su literatura se convirtiera en panfleto, aunque no falta más de alguno que cree que sí.

Colaboran en este número

Amparo Marroquín. Es catedrática de la Universidad Centroamericana de San Salvador. Con su tesis titulada *Maestros y lenguajes: aproximación a una ruptura, medios para un encuentro* obtuvo la Maestría en Comunicación por el ITESO de Guadalajara.

Sergio Santos. Fotógrafo descendiente de salvadoreños, nació en 1977, en Chicago, Illinois. Ha participado en proyectos fotográficos junto a refugiados latinoamericanos en Estados Unidos. En lo que va del presente año ha montado tres exhibiciones de su obra fotográfica: «Inner art corridor studio tour», «Made in China» y «Transformed permanence».

Nicolás F. Shi. Nació y creció en San Salvador, El Salvador, de padres de origen chino. Emigró a los Estados Unidos para hacer sus estudios universitarios, logrando obtener una Maestría en Ingeniería Arquitectónica en 1986. Durante muchos años trabajó como arquitecto e ingeniero en Washington, DC, donde ahora reside permanentemente. En los últimos años se ha dedicado completamente a su pasión de siempre, la pintura.

Aída Párraga. Nació en San Salvador, en 1966. Poeta, periodista cultural y actriz teatral. Las crónicas de sus viajes por Asia, dan cuenta de tres años de residencia en el Oriente y fueron publicadas originalmente en *La Prensa Gráfica*. Publicó el poemario *Letralia* y el tomo de relatos *El espíritu del viento y otros cuentos*. Con su hermano Carlos Párraga creó el programa radial *La Bohemia*.

Claribel Alegría. Nació en Nicaragua en 1924 y se crió en El Salvador. Ha vivido en Estados Unidos y Europa. Con *Cenizas de Izalco*, escrita a dúo con su esposo Darwin Flakoll, su obra alcanzó un merecido reconocimiento internacional. La DPI publicó recientemente *Pueblo de Dios* y de *Mandinga*, que recoge tres de sus novelas cortas.

Ricardo Bogrand. Nombre literario del poeta y antropólogo salvadoreño José Antonio Aparicio, es autor de los poemarios *Alianza de mis manos*, *La espuma nace sola*, *Perfil de la raíz* y *Las manos en la calle*. Es uno de los integrantes de la Generación Comprometida. Nacido en 1930, Bogrand vive en México, donde se desempeña como catedrático de la Universidad Intercultural de Chiapas.

Álvaro Rosales. Nació en San Salvador el 8 de septiembre de 194 y se formó con el maestro Valero Lecha. Participó en exposiciones colectivas de pintura en algunas galerías de arte en San Salvador, y en otras ciudades del país. Radica actualmente en Los Ángeles. En Estados Unidos ha participado en exposiciones individuales y colectivas. Actualmente imparte talleres de dibujo y pintura.

Roger Lindo, poeta, periodista y narrador salvadoreño, nacido en 1955. Es autor del poemario *Los pequeños infernos* (DPI, 1998). Su poesía aparece en la antología *La margarita emocionante*, de Horacio Castellanos Moya. Su novela *El perro en la niebla* fue publicada recientemente en España.

Walter Iraheta Nerio. Poeta salvadoreño residente en Suiza, es autor del relato «Al retumbo de la cañada», incluido en la antología *Pájaro y volcán*, de Miguel Huezco Mixco. *Algo pasa en Santa Tecla city* es el título del poemario que este escritor, nacido en Santa Tecla en 1961, publicó en 2005.

Dagoberto Reyes. Este artista residente en Los Ángeles tuvo el privilegio de formarse con maestros como Valentín Estrada, Miguel Angel Orellana, Raúl Elas Reyes, Pedro Acosta, Mario Araujo Rajo y Julio Hernández Alemán. Perteneció al grupo Ukuxca, que erigió el Monumento al mar en la 25ª. Avenida Norte de San Salvador. Emigrado desde 1980 a Estados Unidos, ha tenido merecidos reconocimientos a su trayectoria en aquel país. Es el fundador de la Casa de la Cultura de Los Ángeles.

Carlos Alberto Santos. Narrador salvadoreño residente en Vancouver, Canada. Ha publicado los libros de cuentos: *La descarnada y otros relatos* (1992), *Fastos del recuerdo* (1997), *El jinete* (1982). Sus piezas de teatro han sido presentadas en México, Canadá, Colombia y El Salvador. La mayoría de su obra dramática y narrativa permanece inédita.

Rodolfo Oviedo. Artista plástico salvadoreño de importante trayectoria, ha expuesto sus obras en Francia, Guatemala, Japón y la India. Es un asiduo colaborador de esta revista. Su página en la red es <http://www.oviedo-vega.com/>.

Jacinta Escudos. Nacida en El Salvador en 1961. Ha cultivado los géneros de novela, cuento, poesía, crónica y ensayo. Entre sus publicaciones destacan *A-B-Sudario* (2003), *Felicidad Doméstica y otras cosas aterradoras* (2002), *El Desencanto* (2001) y *Cuentos Sucios* (1997). Tiene inéditas tres novelas, dos libros de cuentos y cinco poemarios. Su bitácora en la red es <http://jescudos-jacinta.blogspot.com/>.

Mauricio Puente. Nació en Sonsonate en 1918 y reside en Massachussets. Su obra ha sido expuesta en El Salvador, Bélgica, Estados Unidos y Brasil. Tiene estudios universitarios en economía y medicina. Fue encargado de Artes de la Alianza Francesa de San Salvador.

Alfonso Kijadurías. Poeta y narrador nació en Quezaltepeque, en 1940. Vive desde hace muchos años en Vancouver, Canadá. La Dirección de Publicaciones e Impresos ha publicado sus poemarios *Toda razón dispersa* y *Es cara musa*, así como sus volúmenes de relatos *Otras historias famosas* y *Toda razón dispersa*.

Tessie Barrera-Sharaga. Quien ha colaborado anteriormente en esta revista, reside actualmente en San José, California. Tiene una maestría en Bellas Artes, con especialización en escultura por el Mills College, de Oakland, California. Ha participado en exposiciones grupales en Estados Unidos y El Salvador. Ha participado, además, en proyectos artísticos de proyección comunitaria en nuestro país.

**Esta edición consta de 1,000 ejemplares.
Se terminó de imprimir en estos talleres
el día miércoles 20 de agosto de 2008.**

